





55.959

300 €

LA622

R. 400607

55.459



ZADIG,

ó

EL DESTINO.

5200 64 72x

Ces. de D. Antonio
Castillo y Reyes.

NADIG
8
EL DESTINO

ZADIG,

ó

EL DESTINO:

HISTORIA ORIENTAL;

PUBLICADA EN FRANCES

POR MR. DE VADÉ:

Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. ***.

SALAMANCA

POR D. FRANCISCO DE TÓXAR.

1804.

LADIG,

EL DESTINO:

HISTORIA ORIENTAL

PUBLICADA EN FRANCIA

POR M. DE VANDER

Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. ...

2111111111

FOR D. ... DE ...

1804

(15)

PRÓLOGO

DEL TRADUCTOR.

¡Qué de cosas le podría yo decir á Vd. en este Prólogo, Señor Lector ! Margen me daba la Historia que le presento á Vd. para cansarle la paciencia con una Introduccion histórica sobre el antiquísimo Imperio de los Babilonios , y grandes hazañas de sus Monarcas desde el Mago Belesis hasta Nabonides , Labyneth, ó Balthasar, que de estos tres modos le llaman los Historiadores al último de ellos ; con prolixas investigaciones sobre los reynados de Moabdar,

de Astarté , y de Zadig , y época de ellos ; con su historia secreta sacada de las memorias , crónicas , y manuscritos de aquel tiempo ; con descripción de Babilonia y de sus amenos jardines y famosas murallas, sexta maravilla del mundo ; con exquisitas conjeturas sobre el Sultan Ouloug-beg , y la Sultana She-raa , á quien dedicó Sadí la traducción Arabe de esta obra ; con grandes elogios de aquél y de ésta ; con la exposición de las causas , razones , fines y motivos porque hice la mia , auxilios de que me valí , libros que consulté con los lugares y años de sus ediciones ; ó por último , con

(VII)

*una salva de suplicas, peticiones y ruegos, dirigidos á que disimule Vd. las faltas que tenga á bien hallar en ella. Mas para no abusar de su bondad de Vd. y meter quizá mi hoz, como suele decirse, en mies ajena, me abstengo de todo, reservándome mi derecho para quando un Congreso de Sabios de toda Europa decida en el año.....
..... (*) los límites en que debe ceñirse un Traductor, Comentador, Anotador, Editor &c. &c. &c: cosa en que así Vd. como la República de las Letras ganará no poco.*

Entre tanto diviértase

(*) *Vd. llenará despues el blanco, Señor Lector.*

*Vd. un rato con la presente
 Obrilla, en que podrá tal vez
 hallar mas filosofía y razon
 que en muchos de los grandes
 volúmenes de Autores respec-
 tibles que andan por esos mun-
 dos, ú abruman llenos de pol-
 vo los estantes de las Biblio-
 otecas, quedando con esto su
 afectísimo ser-vidor de Vd.*

Congreso de Sabios de los
 Ensayo hecho en el año
 ... los límites en que se
 ... un Traductor, Com-
 tador, Anotador, Editor &c.
 &c. &c. : cosa en que así Vd.
 como la República de las Le-
 tras ganará no poco.
 Entre tanto...

En la Librería de don Juan de S. Juan, &c.
 por el año de 1788.

(2)

EPÍSTOLA DEDICATORIA
DE ZADIG

A LA SULTANA SHERAA

POR SADI.

A 18 del mes de Schewal, del año 837 de la
Hegira.

*Hechizo de las niñas de los
ojos , tormento de los corazo-
nes , luz del espíritu , yo no
bésó el polvo de tus pies , por-
que ó casi no andas , ó andas
por alfombras de Iran , ó por
rosas : pero sí , te ofrezco la
traduccion de un libro de un
Sabio antiguo , que no habien-*

do tenido por fortuna suya nada que hacer , se divirtió en escribir la historia de Zadig; obra que dice mas de lo que parece. Así que, ruégote que le leas y le juzgues , pues aunque el hallarte en la primavera de tus años , el ser quanto ingeniosa, linda, y estar desde la mañana hasta la noche oyendo continuas alabanzas , te concedan el derecho de no tener seso , estás sin embargo dotada de un espíritu recto y un gusto muy fino, y te he oido razonar mas ati-

*nadamente que muchos Der-
viches ancianos. Tú eres pru-
dente sin ser desconfiada, blan-
da sin ser debil , bienhechora
pero con discernimiento, y ver-
dadera amiga de tus amigos.
Tus agudezas jamas son obra
de la maledicencia : de nadie
dices mal , y á nadie le haces,
si bien lo pudieras con gran-
dísima facilidad ; y así es que
no tienes enemigos. En suma,
tu alma me ha parecido siem-
pre igual á tu hermosura : y
ademas hallo en tí un fondo
de filosofía , que me mueve á*

creer que gustarás mas que qualquiera otra persona de esta obra de un Sábio.

Su Autor la publicó en Caldeo antiguo , que ni tú ni yo entendemos, y despues fué traducida al Arabe para divertir al celebre Sultan Ouloug-beg, en tiempo que empezaban los Persas y los Arabes á escribir las Mil y una noche, Mil y una hora , Mil y un dia &c. Gustaban las Sultanas mucho de los mil y unos, pero Ouloug preferia la lectura de Zadig ; y preguntándo-

las admirado como las agradaban mas unos cuentos insulsos y nada racionales , cabalmente por eso mismo , respondian , nos divierten.

Lisongéome de que , mas que á ellas , te parecerás á Ougoul , y aún espero que quando estés cansada de las conversaciones generales , que á excepcion de ser ménos divertidas , en todo se asemejan á los mil y unos , podré lograr algunos minutos para hablarte en razon. Si hubieras sido Thalestris en tiempo de Escander , hijo de



*Filipo, ó la Reyna de Sabã
en el de Soleiman, hubieran
hecho seguramente estos Re-
yes un viage para verte.*

*Oxalá que tus placeres
sean completos, tu hermosu-
ra durable, y constante tu
felicidad, como encarecidamen-
te se lo pido á las Virtudes
celestiales.*

SADÍ.



(IVV)

TABLA DE LOS CAPÍTULOS
DE ZADIG.

<i>Prólogo.</i>	<i>pág. v.</i>
<i>Epístola dedicatoria de</i> <i>Sadî.</i>	<i>VII.</i>
<i>I. El Tuerto.</i>	<i>16.</i>
<i>II. La Naríz.</i>	<i>28.</i>
<i>III. La Perra y el Ca-</i> <i>ballo.</i>	<i>35.</i>
<i>IV. El Envidioso.</i>	<i>48.</i>
<i>V. Los Generosos.</i>	<i>64.</i>
<i>VI. El Ministro.</i>	<i>72.</i>
<i>VII. Las Disputas y las</i> <i>Audiencias.</i>	<i>84.</i>
<i>VIII. Los Zelos.</i>	<i>95.</i>
<i>IX. La muger castigada.</i>	<i>III.</i>

X. <i>La Esclavitud.</i>	121.
XI. <i>La Hoguera.</i>	131.
XII. <i>La Cena.</i>	140.
XIII. <i>Las Citas.</i>	152.
XIV. <i>El Bayle.</i>	160.
XV. <i>Los ojos azules.</i>	172.
XVI. <i>El Ladron.</i>	184.
XVII. <i>El Pescador.</i>	195.
XVIII. <i>El Basilisco.</i>	207.
XIX. <i>Las Justas.</i>	233.
XX. <i>El Hermitaño.</i>	250.
XXI. <i>Los Enigmas.</i>	271.

FIN DE LA TABLA.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

ZADIG;

Ó EL DESTINO.

HISTORIA ORIENTAL.

EL TUERTO.

Vivia en Babilonia en tiempo del Rey Moabdar un jóven llamado Zadig de un bello natural y una excelente educacion , el qual , aunque rico y mozo , sabia moderar sus pasiones , era enemigo de la afectacion y la lisonja , no queria que se le

diese siempre la razon, y sabia respetar las debilidades de los hombres. Admirábanse todos de que, sin embargo de su mucho ingenio, á nadie insultaba jamas con burlas en aquellos discursos tan vagos, tan descabellados, tan tumultuosos, en aquellas maledicencias temerarias, en aquellas decisiones tontas, en aquellas chocarrerías groseras, en aquel vano ruido de palabras que se llama *Conversacion* en Babilonia, habiendo aprendido en el primer libro de Zoroastres que el amor propio es un globo henchido de viento, de donde salen furiosas tempestades, quando se le hace algun

agujero. Pero sobre todo nunca se alababa de menospreciar á las mugeres y de sojuzgarlas; y era sumamente generoso hasta con los ingratos, acordándose del gran precepto del Legislador de los Persas: *quando comas, da de comer á los perros, aunque hayan de morderte.* Procurando tratar siempre que podia, con hombres sabios, lo era él; y amante de la ciencia se habia instruido en los conocimientos de los antiguos Caldeos, poseía los principios físicos de la naturaleza, tales como se les conocia entonces, y sabia de metafísica lo que se ha sabido en todas las edades; es decir, muy

poca cosa. Sin embargo de la nueva filosofía de su tiempo estaba persuadido de que el año constaba de 365 dias y 6 horas, y de que el sol ocupaba el centro del mundo; y quando los Magos principales le decian con un orgullo chocante, que tenia malas opiniones, y que era enemigo del estado, porque creía que el sol daba vuelta á el rededor de sí mismo, y que el año tenia doce meses, lejos de contextarles, callaba sin mostrarles enojo ni desprecio.

Zadig con grandes riquezas, y de consiguiente con amigos, con una completa salud, una figura amable, un

espíritu recto y moderado, un corazón sincero y noble, creyó, y con razón, que podía ser feliz. Enamorado de Semira, joven hermosísima, rica y distinguida, circunstancias que hacían considerar su mano, como el partido más ventajoso de Babilonia, y amado de ella con suma ternura, tenía tratado tomarla por esposa. Rayaban ya los dos amantes en el momento dichoso que debía unirles en dulce lazo para siempre, quando paseándose un día juntos hacia una de las puertas de Babilonia baxo las palmeras que embellecen la ribera del Eufrates, vieron venir corriendo hacia

ellos unos hombres armados de sables y de flechas , los quales eran satelites del jóven Orcan , sobrino de un Ministro , á quien habian persuadido los aduladores de su tio que todo le era permitido. Verdad es que no tenia ninguna de las gracias ni de las virtudes de Zadig ; pero pagado de sí y creyendo valer mucho mas que él, se desesperaba de no obtener la preferencia de Semira , y su negra envidia, hija de su loca vanidad , le hacia pensar que le amaba con exceso. Viendo frustradas sus esperanzas determinó robarla , y para ello envió á aquellos hombres brutales, quienes sin mi-

ramiento alguno con una belleza , capáz de amansar á los mismos tigres del monte Imao , se echáron sobre ella con tal furor y violencia, que la hiriéron bastante. Los gritos de esta desventurada subian hasta el cielo, y en medio de su dolor en vez de pensar en su desgracia , no se ocupaba sino en su querido Zadig, oyéndosela exclamar: ¡ ay , mi idolatrado esposo ! ¡ Infeliz de mí que me separan de lo que mas amo ! Su amante al mismo tiempo la defendia con todo el arrojo que prestan la fuerza y el amor , y sin mas ayuda que la de sus dos esclavos , hizo huir á los raptores , y llevó

á su casa á Semira desmayada y ensangrentada , la que viéndose , al volver en sí , en brazos de su libertador , ¡ oh Zadig ! exclamó enternecida , ántes te amaba como á esposo mio , y ahora te adoro como á quien debo el honor y la vida.

Jamas se vió un corazon mas apasionado que el de Semira: nunca boca mas encantadora expresó sentimientos mas tiernos por aquellas palabras de fuego que inspira el reconocimiento del mas señalado beneficio , y el transporte mas afectuoso del amor mas legítimo. Su mal era de corta consideracion, y por lo mismo curó luego: no así el

de Zadig á quien un flechazo que recibió junto al ojo izquierdo , le habia hecho una profunda herida. La desconsolada Semira pedia á los Dioses con ardientes votos la curacion de su amante , y sus ojos bañados dia y noche en abrasadas lágrimas esperaban con ansia el momento de que los de Zadig pudiesen gozar de sus miradas , quando un tumor maligno que se le levantó en el ojo herido la puso en gran cuidado. Envióse á buscar á Menfis al gran Médico Hermés , que vino con numeroso acompañamiento , y habiendo visitado al enfermo , opinó que perderia el ojo , y aun predixo

el día y la hora en que debía de suceder este funesto accidente. Si hubiera sido el derecho, dixo, yo le curaría, pero las heridas del izquierdo no tienen remedio. Toda Babilonia se lastimaba de la suerte de Zadig, admirando al mismo tiempo el profundo saber del Médico Egipcio. Por fortuna se reventó de suyo el tumor al cabo de dos días, y Zadig sanó perfectamente, con cuyo motivo escribió Hermés un libro en que le probaba que no debía haber curado. Zadig no se cansó en leerle; mas luego que pudo salir, se preparó para ir á visitar á la que era la esperanza de la felicidad

de su vida, y para quien únicamente quería tener vista. Semira estaba en una granja tres dias habia, y quando iba á verla , supo su amante que esta hermosa dama despues de haber declarado altamente que tenia una invencible aversion á los tuertos, acababa de casarse en aquella misma noche con Orcan. Desmayóse con esta noticia ; y de resultas del pesar que le causó, cayó con una enfermedad, de que tardó mucho en curar ; pero , al cabo , la razon triunfó de su afliccion , y la misma atrocidad de lo que experimentaba , sirvió para consolarle.

Y puesto que tan perfida-

mente, decia, me há vendido una muchacha criada en la Corte , me será mejor casarme con una ciudadana. En consecuencia escogió á Azora , la mas juiciosa y distinguida de la Ciudad , y se casó con ella , viviendo por espacio de un mes en las dulzuras de la mas tierna union. Solo sí la notó un poco de ligereza , y mucha propension á juzgar que los jóvenes mejor formados eran los que tenian mas talento y virtud.

LA NARÍZ.

Volvia un dia Azora de

paseo sumamente enojada , y haciendo grandes exclamaciones , y su marido al verla ¿qué es lo que tienes , la dixo , mi querida esposa ? ¡ Ay ! si hubieras visto , le contextó , lo que acabo de presenciar , estarias seguramente tan irritado como yo. Vengo de consolar á la jóven viuda Cosrú , que levantó dos dias há en honor de su idolatrado esposo un sepulcro junto á el arroyo que corre por la pradera , y en su dolor prometió á los Dioses no apartarse de allí miéntras corriesen las aguas por aquel mismo sitio. Y bien , la contextó Zadig , ve ahí una muger estimable , que amaba

verdaderamente á su marido. ¡ Ah ! si supieses , le replicó Azora , en lo que estaba ocupada , quando la visité ! ¿ En qué , pues , bella Azora ? — En echar por otro lado el arroyo. — Azora prorrumpió luego en tantas invectivas , en tan atroces improperios contra la jóven viuda , que este rasgo de virtud no gustó mucho á Zadig.

Tenia este un amigo llamado Cador , que era uno de aquellos jóvenes en quienes su muger hallaba mas probidad y candor que en otros ; y asegurado , en quanto era dable , de su fidelidad por medio de regalos y promesas , le confió un proyecto

que habia formado. Sucedió, pues, que en una ocasion que fué Azora á divertirse con una amiga suya á una granja , quando volvia al tercer dia , la anunciáron llenos de dolor sus criados que habia muerto de repente Zadig aquella misma noche , y acababan de enterrarle en el sepulcro de sus padres al extremo del jardin ; novedad que por tan funesta no se habian atrevido á comunicársela. Angustiada con tan fatal suceso la buena Azora , lloró, gimió , se arrancó los cabellos , y juró morir. En aquella noche la pidió Cador permiso para hablarla , y lloráron los dos : al siguiente dia

lloráron ya ménos y comié-
ron juntos. Cador la partici-
pó que su amigo le habia de-
xado la mayor parte de sus
bienes , y la dió á entender
que pondria toda su dicha
en partir con ella su fortuna.
La dama lloró , se incomo-
dó , se serenó : la cena fué
mas larga que la comida , y
en ella se habló con mas sa-
tisfaccion. Azora hizo el elo-
gio del difunto , pero confe-
sando al mismo tiempo que
tenia defectos de que Ca-
dor estaba exênto.

Al medio de la cena se
quejó este de un mal de bazo
muy violento , y la dama in-
quieta y officiosa hizo traer
todas las esencias con que se

perfumaba , para probar si entre ellas habia alguna buena para el mal de bazo, sintiendo mucho que no se hallase todavía el famoso Hermés en Babilonia , para que le aplicase algun remedio. ¡ Y qué! ¿ soleis padecer esa cruel enfermedad ? le dixo en tono compasivo , y poniendo la mano sobre el lado en que sentia aquellos vivos dolores. A veces me veo á morir , la contextó Cador , y solo he experimentado algun alivio, aplicándome á el lado la raíz de un hombre que haya muerto el dia ántes. Por cierto que es un extraño medicamento, le repuso Azora. Algo; pero no tanto , la respondió

aquel, como los Talismanes y Amuletos con que curan otros y se preservan de varios males. — Esta razon junta con el brillante mérito del jóven, determinó á la dama. Al cabo, dixo ella para sí, quando pase mi marido del mundo de ayer al mundo de mañana por el puente Chinavar, ¿ reparará el Angel Asrail en que su nariz sea un poco mas pequeña en la segunda vida que en la primera? Y tomando un cuchillo, vase á el sepulcro de su esposo, y regándole con lágrimas, se llega á cortarle la nariz. Entónces este se levanta, y echando una mano á la nariz y al cuchillo la otra, ¡ señora! exclamó,

no os irriteis tanto contra la jóven Cosrú , que allá se va el proyecto de cortarme la naríz con el de echar por otro lado el arroyo.

LA PERRA Y EL CABALLO.

Zadig experimentó que el primer mes del matrimonio , como se dice en el libro del *Zend* , es la luna de la miel , y el segundo la del axenjo , pues que se vió de allí á poco en la dura precision de repudiar á Azora por haberse hecho insoportable, resolviéndose á buscar su felicidad en el estudio de la naturaleza. Nadie es mas di-

choso , se decia él , que un filósofo que lee en este gran libro que nos ha puesto Dios delante : las verdades que descubre , le pertenecen : así , divierte y eleva su alma , vive tranquilo , nada recela ni teme de los hombres , y su tierna esposa no va á cortarle la nariz.

Imbuído de estas ideas se retiró á una casa de campo á orillas del Eufrates , donde no se ocupaba , á la verdad , en calcular quantas pulgadas de agua pasaban en un segundo por baxo los arcos de un puente , ó si caia una línea cúbica de agua de mas en el mes de la rata que en el del carnero : ni pensaba en ha-

cer con seda telas de araña, ó porcelana con cascós de botellas. (*) Su principal estudio era el conocimiento de las propiedades de los animales y de las plantas, con lo que llegó muy en breve á adquirir una penetracion que le descubria mil diferencias, en donde todos los demas no hallaban sino una completa semejanza y uniformidad.

Paseándose un dia por un bosque, vió venir corriendo hácia él un Eunuco de la Reyna, seguido de muchos oficiales que parecian sumamente inquietos, y corrían de acá para allá como hombres

(*) *Esto hace alusion á varias experiencias hechas entónces por algunos Sabios Franceses sobre los objetos referidos.*

desmandados que buscan alguna cosa muy preciosa que han perdido. ¿Has visto, ó jóven, le preguntó el primer Eunuco, el perro de la Reyna? No era perro, le respondió Zadig urbanamente, sino perra. Por cierto que teneis razon, replicó el Eunuco. Es una sabuesa muy pequeña, añadió Zadig, que ha parido poco ha, cojéa de la mano izquierda, y tiene las orejas muy largas. ¿Con qué la habeis visto? dixo el primer Eunuco sufocado y casi sin aliento. No por cierto, contextó Zadig; nunca la hé visto, y ni aun sabia si tenia perra alguna la Reyna.

Por acaso en el mismo

tiempo se le escapó de las manos á un palafrenero en las llanuras de Babilonia el mejor caballo de la caballeriza Real. El Montero mayor y todos los demas Oficiales corrian en busca suya con tanta inquietud como el primer Eunuco tras la perra, y encontrando á Zadig, le preguntó aquel, si le habia visto pasar por allí. Es el caballo, respondió Zadig, que mejor galopea: su altura es de cinco pies, su casco muy pequeño, su cola de tres pies y medio de larga: los escudos del bocado son de oro de veinte y tres quilates, y sus herraduras de plata de once dineros. ¿Y qué camino tomo?

le preguntó el Montero: ¿dónde se le hallará? Yo no le he visto, contextó Zadig, ni jamas he oido hablar de él.

El Montero mayor y el primer Eunuco creyeron al instante que Zadig habia ocultado el caballo del Rey y la perra de la Reyna, y le hicieron llevar ante la asamblea del gran Desterham, que le condenó al *Knout* (1), y á acabar el resto de sus dias en la Siberia. Mas apénas habian pronunciado los jueces esta sentencia, quando pareció el caballo y la perra, por lo que se viéron en la dolorosa necesidad de reformarla, mas

(1) Castigo que equivale á nuestros azotes con sola la diferencia de darse con un grueso látigo de cuero.

conmutándola sin embargo en una multa de quatrocientas onzas de oro , por haber dicho que no habia visto lo que vió: multa que tuvo que pagar al instante , para que se le permitiese defender su causa en el Consejo del gran Desterham , á el qual habló en estos términos :

Estrellas de justicia , abismos de ciencia , espejos de la verdad , que teneis el peso del plomo , la dureza del hierro , el brillo del diamante , y mucha afinidad con el oro , puesto que me es permitido hablar delante de esta augusta asamblea , yo os juro por Orosmade que jamas he visto la respetable perra de

la Reyna , ni el caballo sagrado del Rey de los Reyes. Ved aquí la verdad del hecho. Yo ví en el suelo arenoso por donde me paseaba, huellas que manifestaban claramente ser de un perro. Sulcos ligeros y rectos , abiertos en pequeñas eminencias de arena entre las huellas de las patas , me diéron á conocer que era una perra , cuyas tetas abultadas la arrastraban , lo que denotaba haber parido poco ántes. Otras huellas en sentido contrario que parecian haber ido barriendo la superficie de la arena á el lado de las manos, indicaban que tenia las orejas muy largas; y como ade-

mas observé que la arena habia sido ménos undida constantemente por una de las patas que por las otras tres, comprendí que la perra de nuestra augusta Reyna era un poco coxa , si así me es dado decirlo.

Por lo que toca á el caballo del Rey de los Reyes, sabreis que paseándome por las calles del bosque , ví las huellas de las herraduras estampadas todas á una igual distancia, por lo que para mí dixe; he aquí un caballo que galopea perfectamente. El polvo de los árboles en una calle estrecha que no tiene mas de siete pies de ancho, estaba algun tanto sacudido á de-

recha é izquierda á la distancia de tres pies y medio de la mitad del camino: de consiguiente este caballo, he dicho, tiene una cola de tres pies y medio de larga, que con su hopeo ha barrido este polvo. Baxo unos árboles que formaban un emparrado de cinco pies de alto, he visto las hojas de las ramas acabadas de arrancar, y he conocido que el caballo llegaba á ellas, por lo que tenia cinco pies de marca. Los escudos del bocado deben de ser de oro de veinte y tres quilates, segun me lo ha indicado una piedra que he visto ser de toque, donde los frotó. Y en fin, por las señales que han

dexado sus herraduras en los guixarros de otra especie , hé juzgado que eran de plata de once dineros.

Todos los jueces admiráron el profundo y sutil discernimiento de Zadig , y la noticia de este hecho llegó á oídos del Rey y de la Reyna. En las antesalas , en las salas y en los gabinetes no se hablaba sino de este hombre tan extraordinario , y aunque muchos magos opinaban que se le debía quemar como hechicero , el Rey mandó que se le devolviesen las quatrocientas onzas de oro en que se le habia multado. El Escribano , los Porteros , los Procuradores pasáron á su

casa en ceremonia á llevarle sus quatrocientas onzas , reteniendo solo trescientas noventa y ocho para gastos de justicia , é insinuándole diese á sus pages y escribientes las correspondientes gratificaciones.

Por este lance conoció Zadig quan peligroso era á las veces saber mucho, y prometió para lo sucesivo no decir lo que viese.

Mas no tardó mucho en presentarse esta ocasion. Un prisionero de estado que se fugó, pasó por baxo las ventanas de su casa, y habiéndosele interrogado , respondió que nada sabia, y luego se le probó que estaba asomado

á la ventana. En consecuencia se le condenó por este crimen en quinientas onzas de oro de multa . y dió gracias á los jueces de su grande indulgencia segun la costumbre de Babilonia. ¡Oh gran Dios! exclamaba Zadig para sí; ¡quán digno es uno de lástima quando se pasea en un bosque por donde han pasado la perra de la Reyna y el caballo del Rey! ¡quán peligroso es el asomarse á la ventana, y quán difícil el ser feliz en esta vida !

EL ENVIDIOSO.

Apeló , pues , Zadig á la filosofía y la amistad para consolarse de los males con que le perseguia su mala suerte , y retirándose á una casa que tenia en un arrabal de Babilonia , adornada con el mas fino gusto , reunia en ella todas las artes y todos los placeres dignos de un hombre honrado , teniendo por la mañana abierta su biblioteca para los sabios , y franca su mesa por las noches para las personas de h umor. Pero en breve conoció lo peligrosos que eran aquellos

con motivo de una disputa que suscitaron sobre una ley de Zoroastres que prohibia comer grifo. ¿Cómo se prohibe la carne de este animal, decian los unos, sino existe? Es forzoso que exista, replicaban los otros, puesto que manda Zoroastres que no se le coma. Zadig, enemigo de disputas, quiso conciliarles, diciéndoles: Si hay grifos, no les comamos: si no los hay, mal los podremos comer; y de este modo obedecemos todos á Zoroastres.

Un sabio que habia compuesto trece volúmenes sobre las propiedades del grifo, y era ademas gran Theurgista, corrió á acusar á Za-

dig ante un Archimago llamado Yebor, el mas loco y fánatico de los Caldeos, que despues de mandarle empalar para la mayor honra y gloria del sol, se hubiera seguramente puesto á rezar por el libro de Zoroastres, muy satisfecho de tan loable accion, á no haber ido el amigo Cador (un amigo vale mas que cien magos) á verse con el viejo Yebor, y á hablarle de este modo: Vivan el sol y los grifos; mas guardaos de castigar á Zadig, que es un santo, y tiene grifos en su corral, los que nunca ha pensado comer: su acusador sí que es un herege, que se ha atrevido á sostener

que los conejos tienen el pie hendido , y no son inmundos. Pues bien , dixo Yebor, meneando su cabeza calva, es forzoso empalar á Zadig, por haber pensado mal de los grifos, y á el otro por haber hablado mal de los conejos. Cador compuso este negocio por medio de una Señorita , amiga suya , que tenía gran crédito en el colegio de los Magos, y nadie fué empalado, de lo que murmuráron no poco muchos Doctores , y aun presagiáron la decadencia de Babilonia. A vista de esto exclamaba Zadig : ¡ de qué depende la felicidad ! Todo me persigue en este mundo , hasta los se-

res que no existen. Así que, maldixo de los sabios , y no quiso tratar en lo sucesivo sino con hombres de hùmor.

En su casa se reunian las personas mas distinguidas y amables de ambos sexôs de Babilonia , con quienes pasaba deliciosas horas , festejândolas de continuo con cenas delicadas , precedidas á menudo de grandes conciertos y animadas por conversaciones placenteras , de las que habia sabido desterrar el empeño en mostrar agudeza, que es el medio mas seguro de no tenerla , y de turbar la sociedad mas brillante. Ni la eleccion de sus amigos ni la de sus comidas era obra de

la vanidad , porque en todo preferia la realidad al fingimiento , y de este modo se granjeaba , sin pretenderlo , la consideracion verdadera.

Vivia enfrente de su casa Arimazes, hombre que en su grosera fisonomía llevaba pintada su mala alma, consumido siempre de envidia , orgulloso con exceso , y para colmo de todo , bello espíritu impertinente y molesto. No habiendo conseguido nunca hacer papel en el mundo, se vengaba maldiciendo de todos ; y sin embargo de sus riquezas no lograba atraer y reunir en su casa aduladores. Por lo mismo el ruido de los

carros que entraban por la noche en casa de Zadig , le importunaba, y el rumor de sus alabanzas le irritaba. A las veces concurría tambien á casa de éste , y se sentaba á la mesa sin que se lo rogasen, turbando con ello toda la alegría de los circunstantes al modo que las Arpías inficionan , segun dicen , los manjares que tocan. En una ocasion quiso dar una funcion á una dama, que en vez de aceptarla , se fué á cenar á casa de Zadig ; y en otra, estando en conversacion con éste en palacio , saludáron los dos á un Ministro que convidó á comer á Zadig, sin acordarse de él. Los ódios

mas implacables no tienen á menudo fundamento mas importante. Arimazes, á quien llamaban en Babilonia el *envidioso*, determinó perder á Zadig, porque le nombraban el *feliz*; y muy en breve se le proporcionó motivo para ello; porque como dice Zoroastres, *la ocasion de hacer mal se ofrececien veces al dia, y la de hacer bien, una vez acaso en el año.*

Paseábase un dia Zadig en sus jardines con dos amigos y una dama á quien decia requiebros sin otra intencion que la de divertirla y obsequiarla, quando llegó Arimazes; y siguiendo la conversacion que tenian, de

una guerra que acababa de terminar felizmente el Rey contra el Príncipe de Hircania su vasallo, Zadig que habia dado relevantes pruebas de valor en ella , alababa mucho al Rey, como así mismo á la Dama ; y sacando sus tabletas, escribió en ellas quatro versos que compuso de repente , y se los dió á leer á aquella graciosa persona. Rogáronle sus amigos que se los enseñase , mas no les dió este gusto fuese por modestia, fuese mas bien por amor propio , pues que sabia muy bien que solo es buena esta clase de versos para las personas en cuyo honor se han compuesto. Rompió pues

en dos la tableta en que los acababa de escribir , y arrojó los pedazos entre unos espesos rosales, donde en vano se les buscó. Una pequeña lluvia que sobrevino , les hizo retirarse á la casa , y quedándose en el jardin al descuido el *envidioso* , no paró hasta encontrar la tableta, que justamente habia sido rota de tal modo , que cada mitad de verso que llenaba el renglon , hacia sentido perfecto y aun un verso de mas pequeña medida ; y por otro mas extraño acaso , la quarteta que formaban, contenia estas atroces injurias contra el Rey :

Por mil maldades

Firme en su Trono

En paz tan dulce

Tirano es solo.

Este infame medio que se le proporcionaba al envidioso, para perder á un hombre virtuoso y amable, le dió á gustar por la vez primera de su vida un momento feliz; y rebosando en cruel alegría, hizo llegar á manos del Rey esta sátira escrita de puño de Zadig, á quien en consecuencia se prendió con sus dos amigos y la dama. Formósele al instante un proceso sin oírle, y quando le llevaban para notificarle su sentencia, salióle al paso el

envidioso , y le dixo en voz alta que sus versos no valian nada. No se picaba Zadig de buen poëta , pero rabiaba sí de desesperacion de hallarse condenado como criminal de lesa magestad , y ver ademas que se retenia presos á una hermosa dama y dos amigos por un delito imaginario. Por demas quiso poner en claro la verdad del hecho, porque sus tabletas deponian contra él , y así segun la ley de Babilonia ni aun se le permitió hablar. Condenado, pues , sin recurso á muerte, se le conducia al suplicio por entre una inmensa multitud de curiosos , de los quales ninguno osaba compadecer-

le , y sí solo se atropellaban para contemplar su rostro y ver si moria con valor y gracia. Unicamente sus parientes eran los afligidos , porque no heredaban , pues que las tres quartas partes de sus bienes eran confiscadas á beneficio del Rey , y la otra para el envidioso.

En este intermedio se voló de su balcon el papagayo del Rey , y fué á posarse al jardin de Zadig sobre un rosal , adonde habia echado el ayre un alberchigo de un árbol inmediato , que quedó pegado á un pedazo de tableta de escribir sobre que cayó. Cogió en el pico el papagayo el alberchigo y con

él la tableta , y se volvió á poner en las rodillas del Rey , que llevado de la curiosidad leyó en ella palabras que no hacian sentido , pero denotaban claramente ser finales de versos. Amaba este Príncipe la Poesía , y la ventura de su papagayo le dió mucho en que pensar , hasta que la Reyna , que tenia presentes los versos escritos en el pedazo de la tableta de Zadig , pidió el pedazo nuevo , y confrontando los dos , halló que se unian perfectamente , y contenian los versos completos de puño de Zadig :

Por mil maldades el Imperio gime;

Firme en su Trono el Rey vengarlas sabe.

En paz tan dulce Amor solo es temible;

Tirano es solo, y batallar nos hace.

En consecuencia mandó el Rey que se hiciese comparecer al instante en su presencia á Zadig, y que se soltase de la prision á sus dos amigos y la dama. Apénas salió aquel, se fué á echar á los pies del Rey y de la Reyna, y les pidió perdon con mucha humildad de haber compuesto malos versos, hablando con tal chiste y acierto, que prendados de él sus Magestades, le mandáron volver. Hízolo así, y les gustó cada vez mas y mas; y habiéndosele entregado de órden suya todos los bienes del

envidioso en pena de haberle acusado injustamente, fué tal su generosidad que se los devolvió, sin que el alma negra de Arimazes experimentase con esta heroica accion otro placer que el de no perder sus riquezas. Creció de dia en dia con el trato la estimacion que el Rey hacia de Zadig , y no solo le daba parte en los placeres, sino que le consultaba en todos los negocios. La Reyna le empezó tambien á mirar desde entónces con una complacencia que podia hacerse peligrosa para ella , para su augusto esposo , para su reyno , y para Zadig ; y este principiaba ya á creer , que

no era tan difícil , como juzgaba , el ser feliz.

LOS GENEROSOS.

Celebrabase en Babilonia cada cinco años una fiesta muy solemne , en la qual se acostumbraba proclamar al ciudadano que habia executado la accion mas generosa. Los jueces eran los grandes y los magos , y el primer Satrapa encargado de la policia de la ciudad , exponia las mas bellas acciones que se habian hecho en el tiempo de su gobierno , sobre las quales votaban aquellos , y pronunciaba despues

el Rey su juicio. A esta solemnidad concurrían de las extremidades de la tierra , y en ella recibía de manos del Rey el vencedor una copa de oro guarnecida de brillantes con estas lisonjeras palabras : recibe este premio de tu heroicidad , y oxalá me concedan los Dioses muchos vasallos que se te parezcan.

Llegado que hubo este día memorable , se dexó ver el Rey sobre su Trono , rodeado de los Grandes , de los Magos, y los Diputados de todas las naciones que concurrían á estos juegos, en los que no se adquiría la gloria por la ligereza de los caballos ni las fuerzas del cuerpo , sino

por la virtud. El primer Sátrapa refirió en voz alta las acciones que podian gran- gear á sus autores este inesti- mable premio. A la verdad, no habló de la grandeza de alma con que Zadig habia devuelto á el Envidioso toda sus riquezas; pero era porque esta accion no merecia segu- ramente que se la disputase el premio.

PERO presentó, en pri- mer lugar, á un juez, que habiendo hecho perder un considerable pleito á un ciu- dadano por un engaño de que no era responsable, le cedió todos sus bienes, que equivalian á el valor de lo perdido.

Despues dió á conocer á un jóven que estando ciego de amor por una muchacha con quien iba á casarse, se la cedió á un amigo que la amaba igualmente, pagando generoso ademas el dote, que la habia señalado.

Tras este hizo comparecer á un soldado, que dió mayor exemplo de generosidad en la guerra de Hircania. Defendiendo á su querida de unos soldados enemigos que la robaban, viniéron á decirle que otros Hircanios habian cogido á su madre á algunos pasos de allí, y dexando con doloroso llanto á su amante, corrió á libertar á la que le habia dado el sér,

despues de lo qual volvió presuroso hácia el objeto de su amor, que cabalmente estaba agonizando. A vista de esta fatal desgracia quiso darse la muerte; pero representándole su madre que no la quedaba otro consuelo que él, desechó de sí al instante tan cruel proyecto.

Los jueces se manifestaban inclinados á el soldado, mas tomando el Rey la palabra, les habló de este modo: su accion y las de los demas son muy laudables, pero no me admiran tanto como una que hizo Zadig ayer. Yo habia depuesto algunos dias á mi Ministro y favorito Coreb, y quexándome

de él agriamente delante de mis cortesanos, todos me decian á porfia mil males, y me aseguraban le habia tratado con sobradísima indulgencia. Solo Zadig que estaba allí, y á quien pregunté su sentir, tuvo el valor de hablarme en su favor. Confieso que he leído en nuestras historias exemplos de haber satisfecho alguno con sus bienes el daño que hizo á otro por inadvertencia; de haber cedido una amante á un tercero que la solicitaba; y de haber preferido una madre á el objeto de su amor; pero jamas el que un cortesano hablase bien de un Ministro depuesto, contra

quien estaba declarado el enojo de su Soberano. Así qué, doy veinte mil piezas de oro á cada uno de los autores de las acciones referidas, y reservo para Zadig la copa de oro.

Vuestra magestad solo, le replicó éste, es el que merece la copa, por haber hecho otra accion mas heroica y inaudita, qual es la de no haberos irritado, siendo Rey, contra vuestro esclavo que os contradecia vuestra passion. Todos admiráron entonces al Soberano y á Zadig. El juez que habia dado sus bienes, el amante que habia casado á su querida con su amigo, el soldado que á

la suya prefirió su madre, recibieron los presentes del Monarca, y vieron escritos sus nombres en el libro de los Generosos, pero la copa fué para Zadig. Con esto se adquirió el Rey la reputacion de buen Príncipe, que cabalmente no conservó por mucho tiempo. Todo lo restante de este dia fué señalado por fiestas mas lucidas que las de costumbre, por lo que aún se conserva su memoria en toda el Asia; y lleno entonces de gozo el buen Zadig decia: *al cabo soy feliz.* ¡Mas cuánto se engañaba!

EL MINISTRO.

Poco despues depuso el Rey á su primer Ministro, y nombró por sucesor á Zedig : eleccion que á porfia aplaudian todas las damas hermosas de Babilonia, porque desde la fundacion del Imperio jamas hubo un Ministro tan jóven ni gallardo. Mas los cortesanos lo sintieron, y sobre todos ellos el Envidioso, á quien de resultas le sobrevino un furioso vomito de sangre, y se le hincho extraordinariamente la naríz. El nuevo Ministro fué á dar gracias á sus Sobe-

ranos, y llegándose despues al papagayo le dixo: hermoso páxaro, tú eres el que á mas de salvarme la vida, me has hecho primer Ministro: la perra de la Reyna y el caballo del Rey me ocasionáron graves males, pero á tí te debo muchos bienes. ¡He aquí de lo que dependen los destinos de los hombres! Mas me temo, añadió, que en breve desaparezca esta felicidad tan extraña. Sí, dixo el papagayo; y esta respuesta dió mucho en que pensar al pronto á Zadig; bien que, como era buen físico, y sabia que no podian los papagayos ser profetas, se tranquilizó luego, y dedicó á desempeñar

las tareas de su ministerio con actividad y zelo.

Durante él , hizo sentir á todos el poder sagrado de las leyes , y á nadie el peso de su dignidad. Jamas violentó las decisiones del Divan , y cada Visir podia sin desagradarle, opinar como le parecia. Quando juzgaba un negocio , no era él sino la ley quien sentenciaba ; mas quando era esta demasiado severa , la templaba , y si sobre el particular no la habia, la equidad con que pronunciaba , ó las nuevas que establecia, parecian dictadas por el mismo Zoroastres.

A él deben las naciones el gran principio de que mas

vale aventurar el dexar sin castigo á cien culpables que condenar á un inocente : y él estaba íntimamente persuadido de que las leyes han sido hechas igualmente para proteger á los ciudadanos, que para contenerlos. Su principal talento consistia en saber desenmarañar la verdad de los enredos en que la confunden todos los hombres, y desde los primeros dias de su administracion supo emplearle en beneficio de la justicia. Un afamado comerciante de Babilonia que habia muerto en las Indias, dexó sus bienes por partes iguales á dos hijos despues que casasen á su hermana, y ademas

un legado de treinta mil piezas de oro para aquel de los dos que mas le amase. El mayor le levantó un sepulcro , en vez que el segundo aumentó con una parte de su herencia el dote de su hermana: en vista de lo qual decian todos que aquél amaba mas á su padre , y éste á su hermana , y que de consiguiente le pertenecia á el primero el legado.

Zadig les hizo comparecer en su presencia , y llamando aparte al mayor , tu padre no ha muerto, le dixo: él ha salido de su grave enfermedad y vuelve á Babilonia. Dios sea bendito , le responde éste ; ved aquí un sepul-

cro que me ha salido bien caro. Y repitiendo despues á solas lo mismo al segundo, lleno de gozo exclamó: Gracias á Dios : voy al instante á entregarle todo lo que tengo; pero me alegrára que dexase á mi hermana lo que yo la habia dado. Nada tendrás que entregar , repuso Zadig; y las treinta mil piezas de oro serán tuyas, porque amas mas á tu padre que tu hermano.

Una muchacha rica habia dado palabra de casamiento á dos Magos , y despues de haber tratado por algunos meses con ámbos , resultó hallarse embarazada. Que-riendo entónces uno y otro

casarse con ella , yo tomaré por marido, les dixo , al que me ha puesto en estado de dar un ciudadano al imperio. Pues yo he sido el que hice esa buena obra , alegaba el uno: no hay tal que fuí yo , replicaba el otro. Eh! pues yo reconozco por padre de la criatura á aquel de los dos que pueda darla mejor educacion. Luego que parió, quiso cada uno de los Magos encargarse de la crianza del recién nacido , é insistiendo los dos en esta pretension , tuviéron que llevar la causa á Zadig. Este hizo comparecer á los dos Magos, y preguntóles á cada uno de por sí , que habian de ense-

ñar al pupilo. Yo le enseñaré, dixo el uno, las ocho partes de la oracion, la dialéctica, la astrología, la demonomania, lo que es la substancia y el accidente, el abstracto y el concreto, las monadas y la harmonía preestablecida. Yo, contextó el otro, procuraré hacerle justo y digno de tener amigos. En vista de lo qual sentenció Zaidig: *Seas tú, ó no seas, padre del niño, tú te casarás con su madre.*

Continuamente recibia la Corte quejas del Itimaudoulet de Media, Irax. Este era un gran Señor, de un natural no malo, pero tan pervertido por la vanidad, y

los deleytes , que rara vez permitia que se le hablase, y nunca el que ni por asomos se le contradixese. Mas perezoso que las tortugas, mas vano que los pabos reales, mas voluptuoso que las palomas , amaba solo la falsa gloria y los placeres engañosos.

Zadig tomó por su cuenta el corregirle , y con este objeto le envió de orden del Rey un maestro de música con doce voces y veinte y quatro violines ; un mayordomo con seis cocineros ; y quatro camareros que no debian dexarle un punto : todos los quales llevaban el estrecho encargo de seguir á la letra el ceremonial que pres-

cribia la órden , y era como se sigue :

Luego que despertaba el voluptuoso Irax , entraba el maestro de música con las voces y los violines , y entonaban una cantada que duraba dos horas, repitiendo de tres en tres minutos el estri-
villo :

¡ Qué mérito tan raro !

¡ Qué belleza !

Bien puede estar pagado

Su Excelencia.

Despues le echaba el Camarero una arenga de tres cuartos de hora , en que le elogiaba señaladamente por todas las buenas qualidades que no tenia ; y concluida, se le llevaba á la mesa al son

de los instrumentos. La comida duraba tres horas; y no bien desplegabá los labios, saltaba el primer Camarero: Su Excelencia tendrá razon. A las tres ó quatro palabras exclamaba el segundo Camarero: Tiene razon su Excelencia; y los otros dos daban fuertes carcaxadas por los chistes que habia dicho, ó que hubiera debido decir. Y levantada que era la mesa se le repetia la cantada.

El primer dia le pareció al buen Irax delicioso y creyó que le honraba el Rey de los Reyes segun sus méritos: el segundo le tuvo por ménos agradable, por molesto el tercero, el quatro por in-

soportable , por un suplicio el quinto ; y en fin , enojado de oír siempre cantar ; bien puede estar pagado su Excelencia ; de oír siempre decir que tenia razon ; y de que siempre le arengasen lo mismo á la misma hora , escribió al Rey , pidiéndole que se dignase llamar á la Corte sus Camareros , sus músicos , su Mayordomo y Cocineros , prometiendo ser en lo sucesivo ménos vano y mas aplicado. En efecto , solicitó desde entónces ménos incienso , dió ménos fiestas , y fué mas feliz ; porque como dice muy bien el *Sadder* : *el placer perenne no es placer.*

LAS DISPUTAS
Y LAS AUDIENCIAS.

De esta suerte mostraba Zadig todos los dias la sutileza de su ingenio , y la bondad de su alma , y á par que le admiraban , le querian todos. Así es que se le tenia por el mas feliz de los hombres : su nombre era celebre por todo el Imperio, todas las mugeres le miraban con interés , todos los ciudadanos aplaudian su justificacion ; considerábanle los sabios como á oráculo suyo , y hasta los mismos Sacerdotes confesaban que sabia mas que

el viejo Archimago Yebor. Nadie pensaba entónces en hacerle proceso sobre los grifos, y no se creia otra cosa que lo que á él le parecia creible.

Habia una gran disputa en Babilonia que duraba desde mil y quinientos años , y tenia dividido el imperio en dos sectas tenaces : la una pretendia que no se debia entrar nunca en el templo de Mitrah sino con el pie izquierdo ; y abominando la otra esta costumbre , queria que se entrase con el pie derecho. Esperabase pues con impaciencia el dia de la fiesta solemne del fuego sagrado, para saber qual seria la secta favorecida por Zadig , y la

Ciudad y el universo entero tenia puestos los ojos en sus dos pies , aguardando con sumo anhelo el crítico momento de su entrada en el templo. Zadig la hizo saltando á pies juntos , y probó despues por un eloqüente discurso que el Dios del cielo y de la tierra , que no tiene acepcion de personas, no podia hacer mas caso de la pierna derecha que de la izquierda , pues que ámbas eran obra suya , y necesarias igualmente una y otra. El Envidioso y su muger intentaban persuadir que estaba pobre este discurso de figuras retóricas , y no se habia visto baylar en el á las mon-

tañas y collados , ni á la mar
huir , ni á las estrellas caer-
se , ni derretirse como cera
el sol : en suma que carecia
del buen estilo oriental , y
su autor de gracia y entusias-
mo. Zadig se contentaba con
tener el estilo de la sana ra-
zon ; y todos estuviéron por
él , no porque fuese por el
buen camino , no porque era
razonable , no por ser ama-
ble , sino porque tenia el
empleo de primer Visir.

Otra igual disputa ter-
minó tambien felizmente en-
tre los Magos blancos y los
negros. Estos sostenian que
era una impiedad orar á Dios
mirando hácia el poniente
de estío , en vez que asegu-

raban aquellos serle abominables las oraciones de los que se volvian hácia el oriente de invierno. Sobre cuya desavenencia pronunció Zardig que se volviese cada uno hácia donde quisiese.

Así mismo dió con el feliz atisbo de despachar por la mañana todos los negocios, y ocupar lo restante del dia en cuidar de hermosear y hacer mas grata la mansion de Babilonia, para lo que, entre otras cosas, disponia que se representasen Tragedias que arrancaban lágrimas, y Comedias que movian á risa, lo qual se habia dexado ya de estilar y volvió á poner en

uso , porque tenia fino gusto. Pero no por esto pretendia saber mas que los artistas, ántes bien les recompensaba con premios y distinciones , y ni aún en secreto tenia zelos de sus talentos. Por las noches acompañaba y divertia mucho al Rey , y sobre todo á la Reyna , por manera que aquel exclamaba: ¡ó qué gran ministro! y esta ¡qué ministro tan amable! añadiendo los dos : gran lástima hubiera sido que se le hubiese ahorcado.

Jamas empleado ninguno se vió en precision de dar tantas audiencias á las damas; y la mayor parte de ellas iban á hablarle de negocios

que no tenían para tener alguno con él. La muger del Envidioso se presentó de las primeras , y le juró por el Mitrah, por el Zenda Vesta, y por el fuego sagrado , que siempre habia detestado la conducta de su marido , participándole despues en confianza que era un hombre brutal y zeloso, y dándole á entender que en castigo de ello le rehusaban los Dioses los preciosos efectos de aquel fuego sagrado , por el qual solo es semejante el hombre á los inmortales: arenga que terminó dexando caer una liga. Zadig la levantó con su acostumbrada urbanidad; mas no se la ató á la dama ; y

esta pequeña falta , si lo es, fué la causa de las mas horribles desgracias. Y miéntras que ni aun volvió él á acordarse de esta vagatela , la muger del envidioso maquinó muchísimo sobre ella para lograr sus torcidos fines.

Otras muchas damas se le presentaban todos los dias. Los anales secretos de Babilonia refieren que obsequió á una ayuda de cámara de la Reyna Astarté , con quien pasaba algunos ratos , bien que por lo regular tan distraido y al parecer con tan poco gusto , que la buena dama para consolarse á sí misma de la tibieza de su amante , se decia : es preci-

so que este hombre tenga muchísimos asuntos de importancia en su cabeza , supuesto que aun en ellos piensa quando está con migo. Un dia estando juntos, prorrumpió involuntariamente Zadig, en uno de aquellos instantes en que muchas personas no hablan nada, y otras pronuncian tan solo palabras sagradas , en esta exclamacion , *la Reyna!* la dama creyó que habia por fin vuelto en sí en aquel buen momento , y que la decia , *mi Reyna* ; pero continuando Zadig en su distraccion , pronunció el nombre de Astarté , y entónces aquella , que en estas felices circunstancias lo interpreta-

ba todo á favor suyo, se imaginó que queria decir : vos sois mas hermosa que la Reyna Astarté. Esta aventura se la contó despues la dama á la envidiosa , que era su amiga íntima , y picada esta agriamente de la preferencia , exclamó sin querer : ni aun se dignó de atarme esta liga que aquí ves , de la que por lo mismo no quiero ya servirme. ¡Hola! ¡hola , mi amiga! dixo la afortunada á la envidiosa ; tus ligas son como las de la Reyna : ¿ se las tomas á el mismo fabricante ? Palabras á que no contextó aquella , pero que no echó en saco roto , y sobre las cuales tramó despues con su mari-

do la desgracia de Zadig.

Este experimentaba con asombro que de algunos dias atrás estaba siempre distraído quando daba audiencia y quando juzgaba, sin saber á que atribuirlo, que era lo que mas le afligia.

Una noche soñó que estaba tendido á la larga sobre unas yerbas secas, cuyas aristas le incomodaban, y que mudándose despues á un mullido de rosas en que descansaba blandamente, salia de entre ellas una serpiente que le mordía en el corazon con sus agudos y envenenados dientes. Pensando en lo qual luego que despertó, ¡ay de mí! exclamó: mucho tiempo he

estado tendido sobre yerbas secas y punzantes : ahora lo estoy sobre las rosas ; ¡ cuál será la serpiente !

LOS ZELOS.

La desgracia de Zadig provino de su misma felicidad , y sobre todo de su mérito. Todos los dias pasaba largos ratos en compañía del Rey , y de Astarté , su augusta esposa , y la amenidad de su conversacion se acrecentaba por aquel deseo de agradar que es para el espíritu , lo que para la hermosura el adorno y atavio. Insensiblemente su juventud y

gracias hicieron en Astarté una impresion , de que al pronto no se cuidó , y que por lo mismo cobraba aumento en el seno de la inocencia. Así es que se entregaba sin miedo ni rezelo á el placer de ver y escuchar á un hombre amado de su marido y sus vasallos , alabándosele á aquel continuamente , y hablando de él á sus damas , que le encarecian sobre manera , todo lo qual contribuia á clavar mas en su corazon la saëta del amor sin sentirla. De quando en quando hacia sus regalos á Zadig , en los quales habia mas galantería que la que ella pensaba , y creyen-

do no hablarle sino como reyna satisfecha de sus buenos servicios, eran algunas veces sus expresiones las de una muger apasionada y sensible.

Astarté era sin comparacion mas hermosa que la inconstante Semira, que tanto aborrecia á los Tuertos, y que aquella otra que quiso cortar á su esposo las narices. Su familiaridad, sus tiernas pláticas, de que ya principiaba á avergonzarse, sus ardientes miradas, que queriéndolas dirigir hácia otra parte, se encontraban con las de Zadig, encendiéron en el pecho de este un fuego de que se admiró. En consecuencia trató de sufocarle,

y llamando en su auxilio á la filosofía , que siempre le habia prestado socorros , halló en ella luces , mas no alivio. Los deberes de su estado , el agradecimiento , la soberana magestad violada se presentaban á sus ojos como dioses vengadores , y para aplacarlos , combatia , y triunfaba; pero esta victoria que necesitaba ser continua , le costaba lágrimas y suspiros. Así es que ya no se atrevia á hablar á la Reyna con aquella dulce familiaridad que á ambos les era tan grata : sus ojos se enturbiaban , y sus palabras eran forzadas y no llevaban conexión. Clavada siempre la vista en la tierra,

quando alguna vez la levantaba á pesar suyo hácia Astarté, se hallaba con la de esta arrasada de lágrimas, pero despidiendo saëtas de fuego, y al parecer diciéndose uno á otro : nosotros nos adoramos y tememos amarnos , y sin embargo ardemos ambos en un fuego que reprobamos.

Zadig se apartaba de su presencia, atónito, pasmado, abrumado el corazon con un peso que le era insoportable, y en la violencia de sus agitaciones , comunicó un dia su secreto á su amigo Cador ; semejante á un hombre que habiendo sufrido en silencio por largo tiempo un fuerte dolor , descubre por último

su mal por un grito que le arranca una aguda punzada, y por el frio sudor que corre por su frente.

Ya habia sospechado yo, le dixo despues de haberle oido Cador , los sentimientos que querias ocultarte á ti mismo , porque tienen ciertas señales las pasiones que las dan claramente á conocer. Ahora juzga tú, mi querido Zadig , si habiendo penetrado yo tu corazon , no traslucirá tambien el Rey, cuyo único defecto es el ser en demasía zeloso, esa tu inclinacion que le ofende. Verdad es que combates tu pasion con mas ahinco que la Reyna la suya , porque eres filó-

sofo, y porque eres Zadig. Pero Astarté, como que es muger, dexa hablar á sus ojos con tanto menor recato quanto no se cree culpable; y fiada por desgracia en su inocencia, no guarda ningun miramiento: por lo mismo la temo en tanto que no conozca su falta. Si ámbos os pudieseis de acuerdo, podríais disimular de modo que nada trasluciesen los curiosos que os celan: un amor nuevo y combatido se dá á conocer á pesar suyo, miéntras que sabe perfectamente ocultarse el que está satisfecho.

Horrorizóse Zadig de la proposicion de vender á el Rey su bienhechor, y nunca

fué mas fiel á su Príncipe que quando se hallaba para con él culpable de un crimen involuntario. Traia sin embargo la Reyna en la boca tan á menudo el nombre de Zadig, poniase tan encendida al pronunciarle , estaba unas veces tan animada, otras tan turbada , quando le hablaba delante de su marido, y quedábase en un enagenamiento tan profundo despues que salia, que dió en que sospechar al Rey. Este creyó todo lo que veía , y se figuró lo que no veía. Pero sobre todo observó que las chinelas de su esposa eran azules , y que las de Zadig lo eran tambien ; que las cintas

de aquella eran amarillas , y que igualmente lo era el gorro de éste ; y esta uniformidad era un terrible indicio para un Príncipe tan delicado , por manera que en breve pasó la presuncion á convencimiento en su desabrido espíritu.

Quantos esclavos andaban al rededor de Astarté y Moabdar , eran otras tantas espías de sus corazones, y así es que á poco conociéron que era celoso éste, y tierna aquella. El Envidioso sugirió á su muger que presentáse al Rey la liga que se asemejaba á la de la Reyna , y hallando aquel, para mayor desgracia, que era azul , no pensó des-

de entónces sino en tomar venganza. Una noche, en efecto, resolvió dar veneno á la Reyna, y ahorcar al amanecer del siguiente dia á Zadig, y en consecuencia comunicó estas órdenes á un desalmado Eunuco, executor de sus venganzas. Por acaso se hallaba entónces en el aposento del Rey un pequeño Enano, mudo mas no sordo, que qual un animal doméstico, andaba por donde queria, y era siempre testigo de quanto pasaba allí de mas secreto. Este profesaba un singular afecto á la Reyna y á Zadig, y oyo con no ménos sorpresa que horror la cruel orden de su muerte.

Mas ¡de qué medio habia de valerse para ponerla en su noticia , debiendo de executarse dentro de pocas horas ! No sabiendo escribir, pero sí pintar , y sobre todo retratar con primor , pasó una buena parte de la noche en dibuxar lo que queria dar á entender á la Reyna. Su pintura representaba á el Rey á una esquina del quadro comunicando órdenes á su Eunuco ; un cordon azul y un vaso sobre una mesa , con ligas azules y cintas amarillas ; á la Reyna en el medio , expirando en los brazos de sus mugeres , y á Zadig ahorcado á sus pies ; y para denotar que debia verificarse esta hor-

rible execucion al amanecer, habia iluminado el horizonte con los primeros rayos del Sol. Concluido que hubo su trabajo, corrió al quarto de una Dama de Astarté, y despertándola, la enteró por señas de que importaba llevar aquello sin la menor dilacion á la Reyna.

A cosa de la media noche llaman á la puerta de Zaidig; despiertánle, le entregan un villete de parte de la Reyna, y despues de dudar si es sueño lo que le está pasando, abrele trémulo y consternado. Mas ¡quál fué su sorpresa, cuál su desesperacion, quando leyó estas palabras! „Huye al instante, al

„ instante, porque van á qui-
„ tarte la vida: huye, Zadig;
„ yo te lo mando en nombre
„ de nuestro amor y de mis
„ cintas amarillas. Inocente
„ estoy , pero conozco que
„ voy á morir como crimi-
„ nal.”

Sobrecogido Zadig y casi sin fuerzas para hablar, manda que vayan á buscar á Cadador , y luego que llega , entregale , sin decirle palabra, el villete. En su vista le aconseja éste que obedezca y que tome al momento el camino de Memphis. Pensar, le dice, en presentarte á la Reyna, es adelantar su muerte: querer hablar al Rey, es perderla igualmente. Cuida pues,

de tu vida, que yo me encargo de la suya. Por mi cuenta queda esparcir la voz de que has tomado el camino de la India : no tardaré mucho en saber de tí , y entonces te avisaré de lo que haya ocurrido en Babilonia.

Sin perder un instante, manda disponer Cador dos dromedarios de los mas corredores , y llevarlos á una puerta secreta del palacio, adonde hace conducir en brazos al desmayado Zadig, y montarle en el uno, acompañándole en el otro un criado de toda confianza. Nuestros dos viajeros parten , y en breve les pierde de vista el buen Cador , quedando lleno

de pasmo y de dolor.

Al llegar este ilustre fugitivo á la extremidad de una colina desde donde se veia á Babilonia , fixó los ojos en el palacio de la Reyna y desmayóse , volviendo solo despues en sí para derramar lágrimas y desearse la muerte. Por fin , despues de haber reflexionado en la deplorable suerte de la mas amable muger y de la primera Reyna del mundo , pensó por un momento en sí , y exclamó amargamente: ¡qué es la vida humana! ¡ Virtud , virtud! ¡ para qué me has servido! Dos mugeres me han engañado indignamente, y la tierra , mucho mas hermosa que

las otras, y en nada culpable, va á morir. Quanto bien he hecho hasta el presente, ha sido para mí motivo de maldiciones, y solo me he visto elevado al colmo de la grandeza, para caer en el precipicio mas horrible de la desgracia. Tal vez si hubiera sido malo como tantos otros, gozaria como ellos de felicidad. Y agóviado con estas funestas reflexiones, abrumados sus ojos con el velo del dolor, pintada la palidez de la muerte en su desencaxado rostro, y abismada su alma en el exceso de una negra desesperacion, seguia su camino hácia el Egipto.

LA MUGER CASTIGADA.

Las estrellas servian de norte á Zadig en su camino, y la constelacion de Orion y el brillante astro de Sirio le dirigian hácia el polo de Canope. El admiraba estos enormes globos de luz , que nos parecen solo chispas , en vez que la tierra que no es mas que un punto imperceptible en la naturaleza , es mirada por nuestra insaciable avaricia como el mayor y mas noble de los astros. Y entónces veia los hombres, tales como á la verdad son, es decir, unos miserables insectos, despedazándose mútuamente en este

pequeño átomo de lodo; y esta imágen verdadera le hacia olvidar, al parecer, sus desgracias, representándole la nonada de su sér, y la de Babilonia. En estas meditaciones se lanzaba su alma hasta las regiones del infinito, y desprendida de los sentidos contemplaba el orden inmutable del universo: pero quando volviendo despues en sí, y entrándose dentro de su corazon pensaba que tal vez habia ya perdido por él la vida Astarté, desaparecia de su vista el universo, y tan solo veia en toda la naturaleza á Astarté muerta y á Zadig infeliz. Abismado en este flujo y refluxo de filoso-

fía sublime , y de crudo dolor , se adelantaba hácia las fronteras del Egipto, en cuyo primer pueblo le estaba ya buscando su fiel criado alojamiento , quando al llegar á los jardines que herмосeaban su entrada , vió no léjos del camino real una muger desconsolada, que pedia socorro á el cielo y á la tierra contra un hombre furioso que iba en su seguimiento, y que habiéndola despues alcanzado, la hartaba de golpes entre mil reprensiones, sin embargo de implorar humillada á sus pies su compasion. Por el furioso enojo del Egipcio y por las súplicas reiteradas que le hacia la dama , presumió



Zadig que era el uno zeloso y la otra infiel : mas luego que miró despacio á esta muger que era de una belleza interesante , y aún se parecia algo á la desventurada Astarté , se sintió movido á compasion por ella , y de enojo contra el Egipcio , y mucho mas quando la oyó exclamar entre amargos suspiros : socorredme, socorredme, Señor ; líbradme de las manos del mas bárbaro de los hombres : salvadme la vida. A estos gritos corrió á ponerse enmedio de los dos Zadig , diciendo en su lengua á el Egipcio : Si teneis alguna compasion , os conjuro encarecidamente que res-

peteis la hermosura y la debilidad. ¡No os correis de ultrajar de ese modo á un prodigio de la Naturaleza , que está á vuestros pies , y que no se halla con otra defensa que sus lágrimas! — ¡Ola, ola! respondió aquel furioso , que tambien tú la amas! Pues tambien de tí he de vengarme. Y dexando á la dama , á quien tenia asida por los cabellos , toma su lanza , y quiere atravesar con ella á Zadig. Este con gran serenidad quita diestramente el golpe que le tiraba aquel precipitado , y coge la lanza por junto al hierro con tal fuerza , que de los tirones que dan ámbos para quitársela

mútuamente , se rompe el asta, y se queda con un pedazo en la mano cada uno. Empuña entónces el Egipcio la espada , y poniendo igualmente mano Zadig á la suya , se embisten con denuedo , quitando éste con destreza las estocadas que le tiraba aquel; y sentada entre tanto sobre un cespèd, componia la Dama su tocado mirándoles serena. El Egipcio era mas robusto que su adversario, pero éste le excedia en destreza, y así se batia como un hombre cuyo brazo era dirigido por su cabeza , en vez que aquel ciego de cólera y atolondrado no sabia lo que se hacia. Zadig cierra con él y le

desarma; y mientras que el Egipcio mas lleno de ira intenta echarse sobre él, le agarra y hace caer al suelo, y con la punta de la espada sobre el pecho le ofrece la vida. Desesperado entonces el vencido, saca un puñal, y hierre á Zadig al tiempo mismo que le perdonaba la vida, con lo que indignado éste, le atraviesa de parte á parte, y muere el infeliz dando terribles alaridos, y revolcándose en su sangre. Y llegándose despues á la Dama el vencedor, con voz sumisa y dolorida la dice: bien veis que él me puso en precision de darle muerte: ya quedais vengada, y libre del hombre

mas soberbio que jamas he visto. ¿ qué exígis ahora de mí, Señora? — Qué mueras, malvado, le respondió ; qué mueras, pues que has muerto á mi amante: oxalá pudiera yo atravesarte el corazon. — En verdad, Señora , la replicó Zadig , que teniais un amante bien raro : á mas de maltratáros cruelmente , queria despues quitarme la vida, porque habiais implorado mi socorro. — Así me estuviera ahora castigando, contextó la Dama entre gritos y lloros, que yo bien merecido lo tenia , por haberle dado zelos. Plugiese á Dios que ahora me castigase , y que fueses tú el muerto.- Zadig mas admirado

y mas lleno de cólera que jamas lo estuvo, la dixo: Señora, á pesar de vuestra hermosura fuera bien hecho el que os aporreáse yo cruelmente, pero no me cansaré en ello. Y montando en su camello, caminaba hácia el lugar quando á los pocos pasos que anduvo, vió venir corriendo á carrera tendida quatro Babilonios, uno de los quales al llegar junto á la Egipcia, gritó: ella es: toda se parece al retrato que nos han hecho; y sin reparar en el muerto, se apoderáron de ella. En este nuevo conflicto gritaba sin cesar á Zadig: Socorredme de nuevo, extrangero generoso: yo os pido perdon de

haberme quejado de vos: socorredme, y seré vuestra hasta la muerte. Pero Zadig que ya no se hallaba con gana de volverse á batir por ella en toda su vida , á otro con eso , la respondió , que ya no me engañarás mas. Fuera de que habia salido algo herido de la refriega , y necesitaba de descanso , causándole tambien por otro lado no poca inquietud la llegada de los quatro Babilonios, despachados probablemente por el Rey Moabdar. Así que , apretó para meterse en el lugar , no acertando á comprehender porque vendrian en busca de aquella Egipcia quatro enviados de

Babilonia, y admirándose sobre manera del carácter de esta Dama.

LA ESCLAVITUD.

Al entrar Zadig en el pueblo, se vió rodeado de una multitud de gentes que gritaban: éste es el que ha robado la hermosa Misouf, y acaba de asesinar á Cletofis; á lo que en voz alta respondia: Dios me libre de robar jamas á vuestra hermosa Misouf, que es harto caprichosa: mas por lo que toca á Cletofis, no le he asesinado, sí solo me he defendido contra él, que me queria dar

muerte , porque le habia perdido con grande sumision que perdonase á la bella Misouf, á quien castigaba cruelmente. Yo soy un extranjerero que vengo á buscar un asilo en Egipto , y no es regular que solicitando vuestra proteccion, principie por robar á una muger, y asesinar á un hombre.

Los Egipcios eran entonces justos y humanos. El pueblo conduxo á Zadig á la casa de la ciudad , donde se principió por curarle su herida , y se le interrogó despues y á su criado separadamente para saber la verdad; y de la confesion de ámbos resultó que no era un asesi-

no, pero si culpable de la sangre de un hombre, y condenado como tal por la ley á esclavitud. Así qué, vendiéronse á beneficio del comun sus dos camellos y se distribuyó entre los vecinos todos el oro que traia, quedando puesta en venta en la plaza pública su persona, igualmente que la de su compañero de viage. Un Mercader Arabe llamado Setoc, fué el comprador pagando mas caro al esclavo como que era mucho mas á propósito para el trabajo que su amo. Este pues quedó subordinado á su criado, y uno y otro atados por el pie con una cadena, siguiéron á su casa á el Mercader, con-

solando Zadig por el camino á el que era ya su compañero , y exhortándole á la paciencia , bien que haciendo al mismo tiempo segun su costumbre reflexiones sobre la vida humana. Yo veo , le decia , que tambien á tí te comprehenden las desgracias de mi suerte. Todo me ha salido hasta aquí de un modo bien extraño. Yo he sido multado por no haber visto pasar una perra y un caballo; creí ser empalado por causa de un grifo ; he sido enviado al suplicio por haber compuesto unos versos en alabanza del Rey ; he estado á pique de ser ahorcado porque la Reyna tenia cintas amari-

Has, y ahora soy esclavo contigo, porque un hombre brutal castigaba á su querida. Vamos, no hay que perder ánimo, que alguna vez ha de tener fin esto. Es forzoso que los Mercaderes Arabes tengan esclavos: y ¿por qué no lo habia de poder yo ser, puesto que soy hombre como qualquiera de ellos? Este Mercader no será inhumano, y si quiere que le sirvan bien, tratará bien á sus esclavos. De esta manera hablaba el buen Zadig, y en lo interior de su corazon le ocupaba profundamente la suerte de la Reyna Astarté.

Dos dias despues salió Setoc con sus esclavos y ca-

mellos para la Arabia desierta, donde habitaba su tribu hácia el desierto de Oreb. El camino era largo y penoso, y en él le fué mas útil el criado que el amo, porque cargaba mas bien los camellos, con lo qual se grangeó algunas pequeñas distinciones. Habiéndose muerto un camello á dos jornadas de Oreb, se repartió su carga entre los esclavos, y de consiguiente le tocó á Zadig su parte; y riéndose Setoc de verles caminar á todos encorvados, tomó aquel por su cuenta explicarle la razon y enseñarle las leyes del equilibrio. Admirado con esto el Mercader principiaba á mi-

rarle de otro modo; y notando Zadig que habia excitado su curiosidad, se la aumentó, manifestándole muchos conocimientos relativos á su comercio, los pesos específicos de los metales y los géneros en un volúmen igual, las propiedades de muchos animales útiles, los medios de hacer tales á los que no lo eran: en fin le dixo cosas que el Arabe le tuvo por un sabio, y le prefirió á su camarada, á quien ántes estimaba mas, tratándole desde entonces bien, de lo que no le pesó en lo sucesivo.

Llegado que hubo á su Tribupidió á un Hebreo quinientas onzas de plata que le

habia prestado á presencia de dos testigos ; pero habiendo ya muerto estos , negaba aquel dicho empréstito, dando entre sí gracias á Dios por que se le proporcionaba tan buena ocasion de engañar á un Arabe. Setoc que todo lo consultaba ya con Zadig, le confió su sentimiento, y éste le preguntó en que parage habia prestado sus quinientas onzas á el infiel. Sobre una ancha piedra, respondió el Mercader, que está cerca del monte Oreb.— ¿Y cuál es el carácter de vuestro deudor, repuso Zadig? — El de un bribon, contextó Setoc.— No es eso lo que os pregunto, replicó aquel, sino si es vivo,

ó flemático, sagaz ó rudo.— Entre todos los malos pagadores, dixo el Arabe, es el mas vivo que conozco.— Pues bien, prosiguió Zadig, permitidme defender vuestra causa delante del Juez. Con efecto citó al Hebreo ante el Tribunal, hablando al Juez en estos términos: Almoada del trono de equidad, yo vengo en nombre de mi amo á pedir á este hombre quinientas onzas de plata que le debe, y se niega á satisfacer.— Teneis testigos, le preguntó el Juez?— No señor, porque los dos que lo presenciáron han muerto; pero existe una piedra grande sobre la que se contó el dinero, y si place á vuestra

Alteza que la vayan á buscar, yo enviaré por ella á costa de mi amo, y espero que deponga de la verdad : entre tanto aguardaremos aquí el Hebreo y yo. — Consiento en ello, dixo el Juez, y se puso á despachar otros negocios.

Despues de concluida la audiencia, preguntó el Juez á Zadig si habian ya traído la piedra, á que contextó el Hebreo riéndose : Aunque aguarde vuestra Alteza aquí hasta mañana, no verá la piedra, porque está á mas de seis millas y no bastan quinze hombres para moverla. ¡Ola! exclamó Zadig; yo bien dixé que depondria la piedra. Supuesto que sabe este

hombre donde está , él mismo se convence de que sobre ella se contó el dinero. Sorprendido así el Hebreo se vió precisado á confesarlo todo , y el Juez mandó que se le tuviese atado á la piedra sin comer, ni beber, hasta que satisfaciese las quinientas onzas, que fuéron en breve entregadas ; con lo qual el esclavo Zadig y la piedra quedáron memoria en toda la Arabia.

LA HOGUERA.

Prendado Setoc de Zadig le elevó de esclavo á su amigo íntimo , y ya no se halla-

ba sin él , como ántes le habia sucedido á Moabdar, añadiéndose para mayor fortuna suya que el Arabe no tenia esposa, que le originase nuevas desgracias. El nuevo confidente descubria en su amo un natural propenso al bien, mucha rectitud y sano juicio, y por lo mismo le era tan sensible verle tributar su adoracion á la milicia celestial, es decir , á el sol , la luna y las estrellas segun la antiquísima costumbre de la Arabia, que no podia ménos de hablarle algunas veces de ello; y por último le manifestó que siendo unos cuerpos iguales á todos los otros, no eran mas acreedores á su veneracion

que un árbol ó una peña. Pero ellos son séres eternos, decia Setoc, y nos dispensan continuos beneficios, animan la naturaleza, determinan las estaciones, y están por otra parte tan léjos de nosotros que no es posible dexar de reverenciarlos. — Mas ventajas os proporcionan, le contextaba Zadig, las aguas del Mar Rojo que conducen vuestras mercancías á la India, y no ceden en antigüedad á las estrellas: y si por su distancia adorais á estas, igualmente debe ser objeto de vuestro culto la tierra de los Ganga-rides que está á las extremidades del mundo. No, amigo, replicaba Setoc; es mucho el

brillo de las estrellas para que yo no las adore. — Aquella noche encendió Zadig un gran número de antorchas en la tienda donde debia cenar con Setoc , y luego que vió entrar á éste, se puso de rodillas delante de ellas y exclamó : *Eternas y brillantes lumbreras, sedme siempre propicias ;* y luego se sentó á la mesa sin mirar á Setoc. Este le preguntó admirado , que era lo que habia hecho. — Lo que vos contextó Zadig; yo adoro á estas candelas , y me olvido de su señor y el mio. — Setoc comprehendió el profundo sentido del apologo , y la sabiduría del esclavo se comunicó á el amo,

no habiendo vuelto desde entonces éste atributar su culto á las criaturas , y si solo á el Sér eterno su Hacedor.

▫ Habia en aquel tiempo en la Arabia una costumbre horrorosa , que traía su origen de la Escitia , y establecida ya en la India por el crédito de los Bracmanes , amenazaba invadir todo el Oriente. Quando moria un hombre casado , y su muger queria ser santa , se quemaba en público sobre el cuerpo de su marido , y esta fiesta que era muy solemne , se llamaba la *Hoguera de la Viudedad* , teniéndose en mayor consideracion la Tribu , en que habia habido mas mugeres que-

madras. Un Arabe de la Tribu de Setoc acababa de morir , y su viuda llamada Almona, conocida por su devocion , hizo saber á son de tambores y trompetas el dia y la hora en que se echaría en la hoguera. Zadig representó á su amo lo opuesto que era á el bien del linage humano dexar quemar todos los dias viudas jóvenes que podian dar hijos al estado, ó al ménos criarle los suyos, y le hizo convenir en que era forzoso abolir, si habia arbitrio, tan bárbara costumbre. Pero habiendo mas de mil años , decia Setoc, que están en posesion las mugeres de quemarse , ¿quién de noso-

tros osará mudar una ley que el tiempo ha consagrado? ¿hay cosa mas respetable que un antiguo abuso? La razon es mas antigua, replicaba Zaidig. Hablad vos á los Xefes de las Tribus que yo voy á buscar á la viuda.

Presentose en efecto á ella , y despues de haberse hecho algun lugar con elogios de su hermosura , despues de haberla insinuado que era gran lástima consumiase el fuego tantas bellezas, alabó su valor y su constancia. ¡ Mucho amabais á vuestro marido! la dixo.— ¡Yo! nada de eso , respondió la dama : era un brutal , un zeloso , un hombre insopor-

table; pero sin embargo estoy firmemente resuelta á acabar mis dias en su hoguera.— Gran placer es preciso que haya, repuso Zadig, en quemarse uno vivo.— ¡Ah! la naturaleza se estremece; mas no obstante, fuerza es pasar por ello. Yo soy devota; y perderia mi reputacion, y se mofarian todos de mí, si no me quemase.— Zadig despues de obligarla á confesar que se quemaba por el bien parecer y por orgullo y vanidad, la habló por largo rato en términos que la hizo un poco amable la vida, y aún la persona del que la persuadia. ¿Y qué hariais, en fin, la pregunto, si no estuvie-

seis llevada de la vanidad de quemaros ? — ¡ Ay ! dixo la dama. Creo que os rogaría os casaseis conmigo.

Muy ocupado se hallaba Zadig de la idea de Astarté para no eludir esta declaracion ; pero en el momento fué á estar con los Xefes de las Tribus , y despues de haberles contado lo que acababa de pasar , les aconsejó estableciesen una ley que no permitiese á ninguna viuda quemarse hasta que hubiese tenido un coloquio á solas con un jóven por espacio de una hora. Desde entónces ninguna dama se volvió á quemar en la Arabia , y solo á Zadig se le debió el haber

destruido en un dia una costumbre tan cruel , observada por tantos siglos.

L A C E N A .

Setoc, que ya no se hallaba sin este hombre en quien residia la sabiduría , le llevó consigo á la gran feria de Balsora, adonde acudian los mayores negociantes de todas las naciones, lo qual fué para Zadig un gran placer ; porque al ver tantos hombres de tan diferentes payses reunidos en una misma plaza , le parecia que el universo era una gran familia que se reunia en aquella Ciudad. Al se-

gundo día se halló á la mesa con un Egipcio , un Indio Gangaride , un habitante del Catay , un Griego , un Celta, y muchos otros extranjeros que en sus frecuentes viages hácia el golfo Arabigo habian aprehendido bastante árabe para darse á comprender. ¡ Qué abominable pais es Balsora ! exclamaba lleno de cólera el Egipcio. ¡Es posible que no he de hallar quien me preste mil onzas de oro sobre el mejor efecto del mundo! — ¿ Y sobre que efecto , le pregunta Setoc , os rehusan esa cantidad? — Sobre el cuerpo de mi tia, responde, que era la muger mas valerosa del Egipto.

A todas partes me acompañaba, y habiéndoseme muerto en este viage, he hecho una momia, igual sino superior, á las mejores que tenemos. ¡Ah! si estuviera en mi país, me fiarian sobre ella quanto pidiese, en vez que en éste ni aún mil onzas de oro quieren darme. Y en medio de su enojo trinchaba un excelente pollo asado, quando cogiéndole el Indio por el brazo, gritó con dolor, ¡qué vais á hacer!— A comer este pollo, dixo el Egipcio.— No hagais tal, le repuso aquel, si no quereis exponeros á comer á vuestra misma tia, pues que podria suceder hubiese pasado su alma á el cuer-

po de esa ave. Hacer guisar pollos, es ultrajar manifiestamente á la naturaleza. — ¡Qué nos quereis decir con vuestra naturaleza y vuestros pollos ! replicó el colérico Egipcio. — Nosotros adoramos un buey, y no por eso dexamos de comerle. — ¡Adorais un buey! — prorrumpió lleno de admiracion el Indio. — Sí; un buey, le contextó. Ciento treinta y cinco mil años ha que lo hacemos, y ninguno entre nosotros halla que replicar. — ¡Ah! Ciento treinta y cinco mil años, repitió con una risa irónica el Gangaride. Cuenta es un poco exâgerada. Solo ochenta mil ha que está poblada la India,

y seguramente sois nuestros descendientes. Antes , pues, que pensaseis vosotros en poner sobre los altares y en el asador á el buey , ya nos habia prohibido Brahma comer su carne.— Gracioso animal es vuestro Brahma , dixo el Egipcio, para compararle con Apis. ¿Qué es lo que ha hecho de bueno ese Dios? — Muchas cosas , respondió el Indio. El fué quien enseñó á los hombres á leer y escribir, y á quien toda la tierra debe el juego del axedrez.— Te engañas manifestamente , le replicó un Caldeo que estaba á su lado escuchando: el pecado Oannés es el dispensador de esos beneficios, y acree-

dor por lo mismo de justicia á nuestros homenages. Todos á una os dirán que era un ser divino con la cola dorada y una hermosa cabeza de hombre; que salia á tierra diariamente á predicar por espacio de tres horas; y que tuvo muchos hijos que fueron todos Reyes, como es bien sabido. Yo traigo conmigo su retrato que reverencio y adoro, como es justo. Así que, puede comer qualquiera quanta carne de baca y otros animales le acomode, con tal que no se metá con los pescados, porque esto seria la mayor impiedad. Uno y otro sois de un origen muy reciente para disputarme esto. La Nación

Egipcia cuenta solo ciento treinta y cinco mil años , y los Indios ochenta mil, mientras que nosotros tenemos almanakes de quatro mil siglos. Creedme ámbos : desechad vuestras preocupaciones , y á cada uno os daré un hermoso retrato de Oannés.

Tomando el hombre de Cambalú la palabra , les habló de este modo : Yo respeto mucho á los Egipcios, los Caldeos, los Griegos, los Celtas , al divino Brahma, al buey Apis , al hermoso pescado Oannés : pero tal vez el *Li* , ó el *Tien* (*)

(*) Palabras Chinas, que significan propriamente , *Li* , la luz natural , la razón; y *Tien* el cielo; y en sentido metafórico *Dios*.

como se quiera llamarle, vale por todos los bueyes y pescados. Nada diré de mi país que es tan extenso como el Egipto, la Caldea, y la India juntas: tampoco disputo la antigüedad, porque basta ser feliz, y nada importa ser antiguo: mas si se trata de almanakes, sabed que toda el Asia se vale de los nuestros, y que ya los teníamos muy buenos ántes que conociesen los Caldeos la aritmética.

Grandes ignorantessois todos, exclamó el Griego. ¡No sabeis que el Cacs es el padre de todas las cosas, y que la forma y la materia han dado á el mundo su actual organi-

zacion ! Y en estos términos siguió hablando hasta que le interrumpió el Celta, que habiendo bebido mucho durante esta disputa, se creyó entónces mas sabio que todos los demas, y dixo jurando que no habia mas Dios que Teutath, y la liga de encina; que él siempre traia liga en el bolsillo; que los Escytas sus antigüos eran las únicas gentes de bien que hubo jamas en el mundo, y la Nacion mas digna de respeto á pesar de que hubiesen alguna vez comido carne humana; y en fin que si alguno hablaba mal de Teutath, las habria con él, y le pondria freno. Los contendientes se

acaloráron, y Setoc se temió que la cosa no parase en bien. Zadig, que habia hasta allí guardado un profundo silencio, se puso en pie por último, y dirigiéndose á el Celta como al mas furioso, le dixo que tenia razon, y que le diese liga. Despues alabó á el Griego por su eloqüencia, y contemporizando sucesivamente con los demas, consiguió apaciguar sus enardecidos ánimos. Entre todos el Chino era el que no lo estaba, y así nada tuvo que decirle. Luego que estuviéron serenos, les habló de esta manera: Amigos míos, vosotros ibais á reñir por nada, porque todos sois del mismo pa-

recer.— Todos al oír esto se quedáron suspensos.— Y si-
no decidme, le preguntó á el
Celta , ¿no es verdad que no
adorais esa liga, sino á el que
hizo la liga y la encina ? —
No hay duda en ello , con-
textó.— Y vosotros , Egip-
cios, ¿venerareis regularmen-
te en un determinado buey
al que os dió los bueyes? —
Así es, respondió el Egipcio.—
El pescado Oannés , conti-
nuó aquel, ¿deberá humillar-
se ante el que crió las aguas
de la mar y los pescados? —
En efecto, dixo el Caldeo.—
El Indio y el Chino recono-
cen como vosotros un primer
principio; y aunque yo no
he comprehendido bien las

cosas admirables que habló el Griego, estoy seguro de que admite tambien un ser superior, de quien dependen la forma y la materia.— Este que veía elogiarse, convino en que habia comprehendido muy bien Zadig su pensamiento.— Luego todos sois de una misma opinion, concluyó éste, y no teniais porque enfadaros. Con esto se abrazáron todos, y Setoc despues de haber vendido á buen precio sus géneros, se volvió á su Tribu con su amigo Zadig, que supo admirado apénas llegó, que se le habia formado una causa en su ausencia, y trataban de quemarle vivo á fuego lento.

LAS CITAS.

Con efecto , durante su viage á Balsora , determináron los Sacerdotes de los astros castigarle. Las joyas y pedreria de las viudas que se quemaban, les pertenecian de derecho , y así no era mucho que quisieran quemar á quien tan en lo vivo les habia tocado. Con este fin acusáron á Zadig de tener opiniones erroneas sobre los cuerpos celestiales , y depusiéron y juráron haberle oido decir que las estrellas no se escondian en la mar. Esta horrible blasfemia hizo estremecer á

los jueces , que estuviéron para rasgar sus vestiduras al oír palabras tan impías , y aún lo hubieran hecho sin duda á tener Zadig con que pagárselas , contentándose en el exceso de su dolor con condenarle á ser quemado á fuego lento. En vano empleó toda su mediacion el desconsolado Setoc para salvar á su amigo, pues nada pudo alcanzar , y aún se vió en breve precisado á guardar un alto silencio. La jóven viuda Almona , que habia cobrado mucho apego á la vida , y se consideraba deudora de ella á Zadig , resolvió librarle de la hoguera, cuyo abuso la habia él dado á conocer, y me-

ditó sobre el modo de hacerlo sin hablar á nadie palabra. Su proyecto necesitaba realizarse aquella noche , porque el dia inmediato era el señalado para la execucion; y he aquí las medidas que tomó como muger caritativa y prudente.

Despues de perfumarse con suaves esencias, y engalanarse con un rico y ayroso trage que hacia resaltar mas su hermosura, fué á pedir una audiencia secreta al Xefe de los Sacerdotes de las estrellas, y habiéndola conseguido, habló al venerable viejo en estos términos: Hijo primogénito de la Osa mayor , hermano del Tauro , primo del

gran Can (estos eran los títulos de este Pontífice) yo vengo á confiaros los escrúpulos que tengo de haber delinquido gravísimamente en no haberme quemado en la hoguera de mi querido esposo. ¡ Y esto para qué ! Para conservar una carne consumida ya y macilenta. Y al pronunciar estas palabras arregazóse sus largas mangas de seda, y enseñando unos brazos quanto blancos hermosos, le dixo; ¡veis quán poco vale esto ! Mas el Pontífice halló en su corazon que valia mucho, y sus ojos se lo diéron á entender, y su boca lo confirmó, jurándola que en su vida viera tan hermosa cosa.

Miserable de mí , exclamó la viuda ! Puede que los brazos no estén malos ; pero al ménos me confesaréis que la garganta (y al mismo tiempo se la descubria) no era digna de mis cuidados y atenciones. Su hermoso cuello, sus grandes ojos negros que ardian medio desmayados en un dulce fuego , sus mexillas sonrosadas de la mas bella púrpura mezclada con la leche mas pura ; su naríz que no era como la torre del Líbano ; sus labios que parecian orlas de coral, que guarnecian las mas ricas perlas de la Arabia ; todo esto reunido hizo creer á el buen viejo que no tenia mas de vein-

te años, y le arrancó una declaración tierna. Viéndole Almona tan apasionado, le pidió el perdón de Zadig, á lo que contextó que el por sí solo nada podia hacer, pues necesitaba que le firmasen tambien sus tres compañeros.— Pues bien, firmadle vos, repuso Almona.— Estas servida, la dixo el Sacerdote, mas con la condicion de recompensar con tus favores mi condescendencia.— Agradezco tanto honor, le respondió; pero tened á bien pasar á mi tienda despues de puesto el sol, y quando aparezca en el horizonte la brillante estrella Sheat, que en ella os espero. Con esto sa-

exigiendo la misma recompensa que su compañero. La Dama se convino , y le citó para el salir de la estrella Algenib; y fué despues á visitar al tercero y al quarto , cuyas firmas recogió , citándoles de una estrella para otra. Concluida esta diligencia, envió á llamar á los jueces con pretexto de un negocio importante , y luego que estuvieron juntos , les enseñó las quatro firmas, contándoles en que términos las habia alcanzado. A la hora señalada llegó el primer Pontífice, y sucesivamente los demas á la suya, admirándose cada qual de ver allí á su compañero, y corriéndose de hallarse con los jue-

lió de allí , llevándose la firma , y dexando al buen viejo perdido de amor , y desconfiado de sus fuerzas. Todo lo restante del dia lo empleó este en bañarse , y despues de haberse entonado con sendos tragos de un licor compuesto con canela de Ceylan , y ricas especias de Tidor y de Ternate , esperaba impaciente á que saliese la estrella Sheat.

La hermosa Almona pasó á estar con el segundo Pontífice , quien la aseguró que el sol , la luna y las estrellas no eran mas de fuegos errantes en comparacion de sus bellezas ; y habiéndole pedido la misma gracia , se la concedió,

ces, y hecha pública su maldad. De este modo quedó libre Zadig, gracias al manejo y la sagacidad de Almona, con la que se casó despues Setoc, prendado de sus gracias y talento.

EL BAYLE.

Varios asuntos de comercio llamaban á el Arabe á la Isla de Serendib; pero el primer mes de su matrimonio, que es, como se sabe, la luna de la miel, no le permitia ni dexar á su muger, ni creer que nunca la pudiese dexar, y así rogó á su amigo Zadig que hiciera por él este viage. ¡Po-

bre de mí! decía éste : ; con qué me he de alejar ahora mas y mas de la hermosa Astarté ! pero no hay remedio; fuerza es servirá mis bienhechores. Dixo, lloró y marchó.

A poco tiempo de estar en Serendib , ya le miraban todos como un hombre extraordinario ; y así es que en breve llegó á ser el árbitro de todos los altercados entre los negociantes , el amigo de los sabios , el consejero del corto número de personas que piden consejo. Movidó de su fama quiso el Rey verle y oírle , y muy luego conoció su mérito , y le dispensó con su amistad una gran confianza. La familiaridad y estima-

cion del Rey le hizo temblar , acordándose noche y dia de todas las desgracias que le habia acarreado el favor de Moabdar. El Rey gusta de mí , decia para sí : ¿ y me será este favor causa de nuevos pesares? Sin embargo, por mas que hacia , no podia exîmirse de las demostraciones afectuosas de su Magestad , porque es preciso confesar que Nabussan , Rey de Serendib , hijo de Nusanab, hijo de Nabassum , hijo de Sambusna, era uno de los mejores Príncipes del Asia , y no podia ménos de amarsele quando se le hablaba.

Este buen Príncipe era siempre elogiado, engañado,

y robado por todos sus vasallos , quienes se disputaban fuertemente la estafa del Erario. El Tesorero general de Serendib daba siempre el exemplo , fielmente seguido por todos los otros , y noticioso de ello el Rey , habia mudado de Tesorero muchas veces , mas sin lograr por esas quitar la moda establecida de dividir las rentas reales en dos porciones desiguales , de las que la menor era siempre para su Magestad , y la mas crecida para los administradores.

El Rey Nabussan confió este su sentimiento al sabio Zadig. Tú que tan buenas cosas sabes , le dixo , ¿no me

dirás el medio de hallar un Tesorero que no me robe? Si Señor , le respondió Zadig. Yo sé un medio infalible de haceros con un hombre de manos puras. Lleno de gozo el Rey le dió un estrecho abrazo, preguntándole que qualera. No hay mas, contextó Zadig , que hacer baylar á todos los que soliciten el empleo de Tesorero, y el que bayle con mas desembarazo, será sin duda el hombre mas de bien.— Te chuleas , replicó el Rey. ¡Lindo modo por cierto de escoger un Tesorero de Rentas! ¡Qué! ¿quieres que el que dé mejor una cabriola, sea el Administrador mas íntegro y mas há-

bil? — Yo no respondo , Señor , dixo Zadig , de que sea el mas hábil , pero sí de que será el de mas probidad. Viendo el Rey la confianza con que hablaba Zadig , creyó que poseía algun secreto sobrenatural para conocer los buenos Administradores , y así se lo insinuó. — No Señor; yo no gusto de lo sobrenatural , le respondió : los hombres y los libros de prodigios me han fastidiado siempre. Permítame V. M. hacer la prueba que le propongo , y se convencerá de que mi secreto es la cosa mas sencilla y natural. Nabussan, Rey de Serendib , quedó mas admirado de oír que este se-

creto era sencillo , que si se hubiera atribuido á milagro, y deseoso de ver el éxito , le dió amplias facultades para que le pusiese por obra. Dexadlo pues , Señor , á mi discrecion , añadió Zadig , que ganareis seguramente en esta prueba mas de lo que pensais.

Inmediatamente hizo publicar este en nombre del Rey , que todos los pretendientes á la plaza de Tesorero general de las rentas de su graciosa Magestad Nabussan, hijo de Nussanab, concurren en vestido corto á la antecámara del Rey el dia primero de la luna del cocodrilo. Con efecto , llegado éste, se presentáron hasta en nú-

mero de sesenta y quatro en
en el trage ordenado. Tenia-
se dispuesto un bayle con
una gran música en el salon
inmediato, á el qual se le ha-
bia dado la entrada por una
pequeña galería bastante obs-
cura, cerrando la principal
que daba á la antesala, en la
que esperáron los candidatos
hasta que un Uxier los fué
llamando y conduciendo uno
por uno, dexándoles solos
por algunos minutos en la
galería, donde por acuerdo
de S. M. que ya estaba en el
enigma, se habian ostentado
todas sus riquezas. Entrado,
pues, que hubiéron todos,
mandó Nabussan que se em-
pezase el bayle. Mas ¡con qué

torpeza , con quán poca gracia baylaron ! Todos ,  excepcion de uno solo , tenian la cabeza baxa, el cuerpo doblado , las manos pegadas  los costados.  Qué bribones! decia para si Zadig :  qué grandes bribones ! Solo uno, como dexo indicado, baylaba con agilidad y soltura , con la cabeza levantada , la vista serena , los brazos extendidos , el cuerpo derecho , y las rodillas firmes ; y al verle aquel , exclamaba :  Oh!  qué hombre tan de bien!  de qué fidelidad ! El Rey abrazó  este buen baylarin , y le nombró su Tesorero , castigando y reprehendiendo  todos los

otros con sobradísima justicia; porque es de saber que en los momentos que estuvo cada uno solo en el pasadizo, se dió tal prisa á llenar los bolsillos de riquezas, que su peso le embarazaba el movimiento. S. M. prorrumpió en invectivas contra la naturaleza humana, al ver que de los sesenta y quatro baylarines los sesenta y tres eran rateros; y el pasadizo obscuro tomó desde entónces el nombre de *Galería de la tentacion*. En Persia se hubiera seguramente empalado á estos sesenta y tres señores; en otros pay-ses se les hubiera hecho un proceso criminal, cuyas costas hubieran ascendido al tri-

plo del dinero robado , sin que por eso entrase una blanca en las arcas del Soberano; en otro Reyno se hubieran justificado plenamente, y desgraciado al danzador ligero; pero en Serendib fuéron solo condenados á aumentar el tesoro público , porque Nabussan era sumamente indulgente.

A esta virtud juntaba la del agradecimiento , y así dió á Zadig una suma de dinero , mayor que la que jamas usurpó Tesorero alguno al Rey su amo ; parte de la qual empleó aquel en despachar expresos á Babilonia para adquirir noticias del paradero de Astarté. Su voz

tembló al dar esta órden, su sangre retrocedió y se estancó en el corazon , sus ojos se cubrieron de una obscura nube , y su alma hubo de abandonar su helado cuerpo. Saliéron los correos , y él los vió embarcar, volviéndose despues al quarto del Rey y creyendo entrar en el suyo, no viendo á nadie y pronunciando la palabra *amor*. ¡Oh! ¡amor! dixo el Rey : justamente es de lo que se trataba : vaya que has adivinado mi pena. Supuesto que es tanto tu saber , espero que me enseñes á conocer una muger á toda prueba , así como me has hecho con un desinteresado Tesorero. Zadig ya

mas tranquilo , le prometió servirle en amor igualmente que en rentas , aunque el asunto parecia sin comparacion mas árduo.

LOS OJOS AZULES.



Mi cuerpo y mi corazon, dixo el Rey á Zadig..... A estas palabras interrumpió este , sin poderse contener, á S. M. exponiéndole: mucho os agradezco , Señor el que no hayais dicho *mi espíritu y mi corazon* , porque estoy cansado de no oir otras palabras que estas por toda Babilonia, y de no ver sino libros en que se habla del corazon y

del espíritu, compuestos por hombres que no tienen ni lo uno ni lo otro. Pero hacedme el honor de continuar. Mi cuerpo y mi corazón, repitió Nabussan, nacióron para amar: el primero no hallará porque estar descontento, pues que tiene á su disposicion cien mugeres, hermosas todas, agradables, obsequiosas, tiernas, y aún voluptuosas, ó fingiendo serlo conmigo; mas el segundo no es ni con mucho tan feliz, pues tengo sobradamente experimentado, que prodigan todas sus caricias al Rey de Serendib, y se cuidan muy poco de Nabussan. Yo no las juzgo infieles; pero quisiera ha-

llar una alma que me idolatrase , que fuese enteramente mia , y entónces diera por semejante tesoro las cien hermosuras que poseo. Mira, pues , si entre estas cien Sultanas encuentras una, de quien tenga seguridad de ser amado.

La respuesta de Zadig á esto fué como la pasada sobre los Administradores. Dexadlo todo , Señor , por mi cuenta, le dixo ; pero permitidme disponer de los tesoros de la galería de la tentacion , que yo responderé de ellos , y nada perdereis. Obtenidas las facultades que pedía, mandó buscar en Serendib treinta y quatro enanos

jorobados de los mas horrosos, treinta y tres jóvenes gallardos, y treinta y tres bonzos de los mas eloqüentes y robustos : á todos los quales dió entrada franca en los aposentos de las Sultanas, y ademas á cada jorobado quatro mil monedas de oro para el bolsillo. En la primera visita que estos las hicieron, lograron todas las satisfacciones posibles : los jóvenes que no tenian mas que ofrecer que sus personas, no consiguieron sus favores hasta el tercero ó quarto día , y solo los bonzos eran los desayrados hasta que por fin con el tiempo consiguieron ganarse la voluntad de treinta y tres

gazmoñas. Acechábalo todo el Rey por una ventanita secreta que daba á los quartos de las damas, y se maravilló no poco de que noventa y nueve de las ciento se la pegasen á sus ojos. Sola la mas jóven de todas, y á quien el Rey aún no habia dado pruebas de su amor, fué la que desechó con firmeza las adoraciones que la rendian, y para probar mas bien su entereza, se la enviáron uno, dos, tres jorobados que la ofreciéron hasta veinte mil onzas; pero se mantuvo incorruptible, riéndose mucho de que creyesen ser mas bonitos con el oro estos jorobados, y fundasen en él sus

pretensiones. Presentarónsela dos jóvenes de los mas gallardos , á quienes dixo que aún era mas hermoso el Rey: y por último se la envió el mas eloqüente de los bonzos, y despues el mas intrépido; pero el primero la pareció un hablador impertinente , y el segundo un fátuo y presumido. El corazon es el que lo hace todo , decia esta Sultana : jamas me rendiré ni al oro de un jorobado , ni á las gracias de un joven , ni á las seducciones de un bonzo; y únicamente amaré á Nabusan , hijo de Nusanab , esperando á que él se digne amarme. Lleno de asombro, de júbilo y ternura quedó el

Rey al ver esto; y recogiendo todo el dinero con que triunfaron los jorobados , se lo dió á la graciosa Felida, que así se llamaba la jóven, y con ello su corazon que tan bien merecido lo habia. Su hermosura , su gentileza, su donayre no tenian igual: su talento , sus virtudes eran grandes; y por lo que toca á habilidades , baylaba como las bruxas , cantaba como las sirenas y hablaba como las Gracias; pero la verdad de la historia no nos permite callar que hacia mal la reverencia.

Nabussan amado la adoró; pero sus ojos eran azules, y he aquí el principio de las

mayores desgracias. De tiempo inmemorial habia una ley que prohibia á los Monárcaas amar á una muger de las que llamáron despues los Griegos *boopias* : ley que estableció un Xefe de los Bonzos para apropiarse la amante del primer Rey de la Isla de Serendib , haciendo con este fin declarar el anathema de los ojos azules por constitucion fundamental del estado. Todas las órdenes de éste dirigiéron representaciones á Nabussan ; y públicamente se decia por todo el Imperio que eran llegados los últimos dias del Reyno ; que la abominacion llegaba á lo sumo ; que se hallaba amenazada la

naturaleza á una catástrofe; y que , en una palabra , Nabussan , hijo de Nussanab, amaba dos grandes ojos azules. Los jorobados, los administradores , los bonzos , y las morenas llenáron el Reyno de quejas.

Los pueblos salvages que habitan el norte de Serendib se aprovecharon de este descontento general, para hacer una irrupcion en los estados del buen Nabussan; y habiendo este Monarca pedido subsidios á sus vasallos , los Bonzos que poseian la mitad de las rentas del estado , se contentáron con levantar las manos á las estrellas , en vez de meterlas en sus arcas para

ayudarle y contribuir á su defensa.

¿ No me sacarás de este terrible apuro , mi querido Zadig? exclamó con gran dolor Nabussan.— Con mucho gusto, respondió aquel. Vuestra Magestad tendrá quanto dinero de los Bonzos quiera, sin mas que dexar abandonadas las tierras en que están situados sus castillos , y defender solo las vuestras. Hízolo así Nabussan , y al instante fuéron á echarse á sus pies los Bonzos , é implorar su auxilio ; á lo que les contextó el Rey con una gran música , y con ardientes votos por la conservacion de sus tierras. Por lo que , al

fin , se viéron precisados á contribuir con sus riquezas, y la guerra se terminó felizmente. De este modo se atrajo, con sus sabios y acertados consejos y sus señalados servicios , la implacable enemistad de los hombres mas poderosos del estado: los Bonzos y las Morenas juráron su perdicion ; los administradores y los jorobados no le perdonáron ; y entre unos y otros consiguieron indisponerle con el Monarca. Los mas señalados servicios se quedan en las antesalas, y las sospechas entran hasta los gabinetes, segun la expresion de Zoroastres. Todos los dias habia nuevas acusaciones : la

primera resbala , la segunda roza, la tercera hiere, la quarta mata.

Intimidado Zadig con los rumores públicos , y temiéndose nuevas desgracias , trató de salir ántes con ántes de la Isla, porque ya tenia concluidos los negocios de Setoc, y puesto en su poder su dinero, resolvió ir en persona á adquirir noticias de Astarté. Si me quedo en Serendib , decia, me harán empalar los Bonzos : con que ¿á dónde iré? En Egipto me cogieran por esclavo ; en la Arabia me quemarian , y en Babilonia moriria en la horca. Fuerza es , sin embargo, saber que ha sido de Astarté:

marchemos , y veamos para que me tiene reservado mi triste destino.

EL LADRON.

Al llegar á los límites que separan la Arabia Petrea de la Syria pasaba junto á un fuerte castillo, del que salieron unos Arabes armados, que cercándole , le gritaban: todo lo que llevas , nos pertenece , y tu persona á nuestro amo. Por única respuesta tiró Zadig de la espada , y imitándole su criado que era hombre de puños , quedáron muertos á los primeros Arabes , que les acometiéron ; y

léjos de acobardarse, porque su número se aumentaba, resolvieron morir combatiendo. Su resistencia nunca hubiera sido muy larga por la desigualdad de fuerzas; pero el dueño del Castillo, llamado Argobad, que desde una ventana estaba viendo los prodigios de valor que hacia Zaidig, gustó de él, y baxando presuroso, le sacó con su compañero de entre las manos de sus gentes. Quanto pasa por mis tierras, le dixo, es mio, bien así como lo que hallo en las de los otros; pero en vista de tu valeroso arrojo te exîmo de esta ley comun. Y haciéndole entrar en su Castillo, mandó á todos los su-

yos que le tratasen bien , y quiso que le acompañase á cenar.

Argobad era uno de aquellos Arabes que llaman ladrones. Entre muchas acciones malas hacía á veces algunas buenas , y á su furor en el robar era igual su prodigalidad. Intrépido en la accion, bastante afable en el trato, desarreglado en la mesa, alegre y divertido en ella , y sobre todo sumamente franco; tal era su carácter. Zadig le gustó mucho , y su conversacion interesante prolongó la cena , despues de la qual le dixo el Arabe : Lo mejor que puedes hacer , es alistarte en mi servicio : el

oficio no es malo , y tal vez llegarás á ser algun dia lo que yo.— ¿Y me direis , le preguntó Zadig quanto tiempo ha que exerceis esa noble profesion? — Desde mi tierna juventud , le contextó el Señor. Yo me hallaba criado de un Arabe muy hábil , y creciendo con mi insoportable situacion mi descontento , vivia desesperado de ver que perteneciendo la tierra por igual á todos los hombres , no me habia la suerte reservado mi parte. Y confiando mis penas á un Arabe anciano, hijo mio , me dixo, no desconfies ni te aflixas: un tiempo hubo un grano de arena que se lamentaba de ser

un átomo desconocido en los desiertos, y al cabo de algunos años llegó á ser un hermoso diamante, que es hoy el mas bello adorno de la corona del Rey de la India.— Estas palabras me hicieron alguna impresion, y teniéndome yo por el grano de arena, determiné aspirar á ser el diamante. Con este objeto principié por robar dos camellos, y asociándome unos compañeros, me puse en disposicion de robar pequeñas caravanas, con lo que poco á poco logré hacer cesar la desproporcion que ántes habia de mi á los demas. De esta manera tuve mi parte en los bienes de este mundo, y

fuí indemnizado con usura, adquiriendo mucha consideracion, y llegando á ser señor Ladron. Yo he adquirido este Castillo por via de echo , y habiendo intentado despojarme de su posesion el Sátrapa de Syria , le ofrecí una cierta suma de dinero , mediante la qual me dexó en mi pacífico goce y señorío , y aún me nombró Tesorero de los tributos que paga al Rey de los Reyes la Arabia Petrea. Cumplo perfectamente con el cargo de recibidor, mas no así con el de pagador, y ninguna ocasion me dexo ir de aumentar mis dominios.

El gran Desterham de Babilonia envió aquí en nom-

bre del Rey Moabdar un pequeño Sátrapa para hacerme ahorcar ; pero noticioso ya de ello quando llegó , mandé ahorcar á su presencia á los quatro que traía para apretarme el lazo , y preguntándole despues quanto podia valerle la comision de que venia encargado, le hize ver claramente , que le era fácil ganar conmigo mas de las trescientas monedas de oro, á que me habia dicho que ascenderian sus sueldos. Así que , le conferí el empleo de mi Teniente ladrón , y hoy dia es uno de mis mejores Oficiales, y de los mas ricos. No seas bobo ; quédate conmigo , y harás fortuna como

él, pues nunca ha sido tan buena la proporción de robar, como desde que han muerto á Boabdar, y está toda Babilonia en la mayor confusión y desorden.

¿Qué! ¿han muerto á Boabdar? preguntó Zadig admirado: ¿y que ha sido de la Reyna Astarté? Nada puedo decirte, contextó Argobad. Lo único que sé, es que Moabdar se volvió loco; que le han muerto; que Babilonia está hecha una sentina de ladrones; que se halla en grande consternación todo el Imperio; que aún hay muy buenos saltos que dar, y que ya por mi parte les he dado admirables.—¿Pero no me ha-

reis el favor , le replicó Zaidig, de decirme qual ha sido la suerte de la Reyna?— Tal vez estará entre las concubinas , respondió Argobad, de un Príncipe de Hircania de quien he oido hablar , si es que no pereció en el tumulto : pero yo mas me cuido de botin que de noticias. En mis correrias he cogido muchas mugeres , mas ninguna guardo , y quando son bonitas, las vendo á buen precio, sin informarme que clase de personas son, porque su cuerpo es lo que se compra , no su nacimiento ni su estado: una reyna fea no hallaria seguramente comprador. Quizá habré yo vendido la Rey-

na Astarté; quizá habrá muerto : nada se me da de ello , ni á tí debe darsete tampoco mucho. Y al hablar así, echaba tales tragos , confundia de tal manera las ideas, que Zadig no pudo sacar nada en limpio.

Permanecia este triste, pasmado , inmóvil, en tanto que Argobad bebiendo cada vez mas , ensartaba cuentos, repitiendo á cada paso que era el mas feliz de los hombres , y queriendo dar parte á Zadig en su felicidad , hasta que al cabo amodorrado por los vapores del vino , se fué , hecho un cuero , á la cama. Su huesped pasó toda la noche en la mas cruel in-

quietud , exclamando continuamente para sí : ¡el Rey se volvió loco! ¡y le han muerto! Yo no puedo ménos de compadecerle , de llorar su desgracia. ¡Su imperio está en gran consternacion, y este ladrón es feliz! ¡Oh, fortuna! ¡Oh, destino! Un ladrón goza de toda la dicha , y la persona mas amable de todas talvez ha perecido barbaramente , ó vive en un estado mas horroroso que la muerte! ¡ Oh Astarté! ¡ Oh Astarté! ¡qué ha sido de tí!

Así que amaneció, se levantó, haciendo mil preguntas á quantos encontraba en el Castillo , pero sin conseguir respuesta alguna , por-

que no pensaban mas de en repartir los despojos de un robo que habian hecho aquella noche. En tan tumultuosa confusion, lo único que pudo lograr, fué el permiso para marcharse, lo que executó al instante, mas abismado que nunca en sus dolorosas reflexiones.

EL PESCADOR.

De este modo iba por su camino inquieto y agitado, pensando en la desventurada Astarté, en el Rey de Babilonia, en su amigo Cador, en el feliz ladron Argobad, en la dama caprichosa que cogié-

ron los Babilonios á los confines del Egipto, y en suma, en quantos contratiempos y desdichas habia padecido, lamentándose de su fatalidad, y teniéndose por un vivo retrato de la desgracia, quando á algunas leguas del Castillo de Argobad encontró á un pescador, sentado á la orilla de un riachuelo, con la caña en la mano, y los ojos puestos en el cielo.

En verdad que soy el mas infeliz de los hombres, decia el pescador. Yo era, segun la opinion de todos, el mas afamado mercader de quesos en Babilonia, y me he arruinado: tenia la muger mas hermosa, que podia darse para

un hombre de mi clase, y me he visto burlado y vendido; y una casita que era lo único que me quedaba, me la han saqueado y destruido. Retirado ahora á una cabaña, no me resta otro recurso que la pesca, y ni un pez saco. ¡Anzuelo mio! ya no te volveré á echar al agua; no: ya no te echaré mas. Y al decir esto, se levanta, y se acerca á el rio como para arrojar-se y terminar así sus dias.

¡Con qué hay hombres tan desgraciados como yo! dixo entónces Zadig para sí: y movido del deseo, tan instantáneo en él como esta reflexiõn, de salvar la vida al pescador, corre á este, de-

tienele , y le pregunta sus trabajos con un modo cariñoso y consolador. Se dice que el hombre es ménos infeliz quando le acompañen otros en su desgracia , lo que mas bien que efecto de una mala intencion, como asegura Zo-roastres, lo es de la necesidad; porque entónces se siente impelido , digámoslo así , hácia ellos como á sus semejantes, y unidos en su afliccion son como los arbolitos delgados, que apoyándose mútuamente, resisten mas bien al uracan.

¿ Y por qué te abates y desesperas por tus trabajos, preguntó Zadig al pescador? Porque no les hallo remedio, dixo éste. Yo era muy cono-

cido y estimado en Balkis, pueblo de mi residencia, junto á Babilonia, donde ayudado de mi familia hacia los mejores quesos de nata del Imperio. La Reyna Astarté y el famoso Ministro Zadig gustaban mucho de ellos; y habiéndoles llevado seiscientos que me encargaron sus Mayordomos, quando pasaba á cobrar su importe, supe que habian desaparecido de repente una y otro. Apenas entré en Babilonia, enderecé mis pasos á casa del Señor Zadig, á quien ni conocia de vista; pero la hallé ocupada por una tropa de Alguaciles del gran Desterham, que escudados de una orden real

la saqueaban leal y metódicamente. De allí corrí á las cocinas de la Reyna, cuyos asistentes me dixéron, unos que habia muerto, otros que se habia fugado, y otros que estaba presa, pero conviniendo todos en que me quedaria seguramente sin el dinero de los quesos. En vista de esto pasé con mi muger á implorar en nuestra desgracia el patrocinio del Señor Orcan, parroquiano mio, quien prendado de la suplicante, cuya blancura salpicada de un color de rosa encendido, mas brillante que toda la púrpura de Tiro, dexaba atras á la de los quesos que origináron mi ruina, la

dispensó su valimiento , y la hizo quedar en su casa , negándomele á mí, y echándome de ella. Desesperado escribo á mi muger una carta rabiosa , y la pérfida por única respuesta le dice al portador : ¡ah! sí; bien sé quien es el que me escribe : varias veces he oido hablar de él, y aún alabar los excelentes quesos que hace. Que me envíe unos quantos , y que se le paguen.

En mi desgracia determiné recurrir á la justicia. Seis onzas de oro era todo el resto de mi caudal; pero me fué preciso dar dos al Abogado con quien consulté , dos al Procurador que tomó á su cargo

mi negocio, y dos al Secretario del primer Juez; por manera que sin haberse aún principiado la causa, llevaba ya gastado mas dinero del que valian mi muger y mis quesos. Así que, volvime á mi Aldea con ánimo de vender mi casa, para hacerme con mi muger.

En sesenta onzas de oro estaba tasada aquella; pero conociendo que yo vendia por necesidad, me ofreció el primero á quien me dirigí, treinta onzas, veinte el segundo, y el tercero diez. Sin embargo de esta tirania de los compradores estaba ya por mis apuros resuelto á cerrar el ajuste, quando he aquí

que entra un Príncipe de Hircania en Babilonia , saqueando y talando los pueblos por donde pasaba ; calamidad , en que , para colmo de mi desventura , fué comprehendida mi casa , siendo primero saqueada , y despues incendiada.

Viéndome sin dinero, sin muger y sin casa , me he retirado á este pays en que me hallais , y habiéndome metido á pescador para vivir, los pezes se burlan de mí como los hombres. Nada saco, me muero de hambre, y á no ser por vos , ya hubieran cesado con mi vida mis penas.

Esta narracion del pescador fué interrumpida á cada

paso por preguntas de Zadig sobre la suerte y el paradero de la Reyna , á que aquel contextaba siempre : nada otra cosa sé sino que la Reyna y Zadig no me han pagado mis quesos ; que me hallo sin mi muger y mi casa ; y que estoy desesperado. — Creo, le dixo por último Zadig , que no perdereis todo vuestro dinero. Varias veces he oido hablar de ese Ministro, y de su honradez y probidad, y si vuelve , como lo espera , á Babilonia, te satisfará mas de lo que te debe. Ahora por lo que toca á tu muger, que no es tan honrada como él , te aconsejo que no te afanes por recobrarla.

Vete á Babilonia , donde ya estaré yo quando tú llegues; busca al ilustre Cador y dile que has encontrado á su amigo , y mandádote le esperes allí. Anda , pues , buen hombre, que quizá no serás siempre infeliz.

¡Poderoso Orosmade! exclamaba Zadig para sí: vos os valeis de mi para consolar á este hombre; ¿de quién os valdreis para consolarme á mi? Y al mismo tiempo daba al pescador la mitad del dinero que traia de la Arabia, y este admirado y gozoso besaba los pies del amigo de Cador , diciéndole : Señor, vos sois un ángel salvador.

Continuaba, sin embargo,

Zadig en sus acostumbradas exclamaciones y preguntas arrasándosele los ojos en lágrimas, y enternecido el pescador le decía : ¡ es posible, Señor , que haciendo bien, sea tan desgraciado! — Cien veces mas que tú , respondia Zadig.— No alcanzo, replicaba aquel , como el que da, es mas digno de lástima que el que recibe.— Tu mayor desgracia, le contextaba este, consiste en la pobreza , en vez que mi infelicidad proviene de mi corazon.— ¿ Os ha quitado acaso Orcan , reponia el pescador , vuestra muger? — Esta pregunta recordó á Zadig todas sus aventuras , y allá para sí pasaba

lista á sus infortunios , principiando por la perra de la Reyna , y acabando por su lance con el ladron Argobad. Por último , Orcan, le dixo, tiene bien merecido un castigo exemplar ; mas por lo comun esta clase de gentes es la favorecida de la fortuna. Pero sobre todo , vete, repito , á casa del Señor Cador, y esperame. Con esto se separáron, y el pescador marchó , alegrándose de su buena suerte , y Zadig queixándose siempre de la suya.

EL BASILISCO.

Tan infaustas noticias como

le referian quantos encontraba , le llevaban sumamente triste y ocupado , hasta que por fin le distrajo de ellas el encuentro de unas mugeres que andaban registrando con exquisita diligencia una pradera , qual si buscasen alguna cosa de gran valor perdida: por lo que movido del deseo de serlas útil se acercó á una de ellas , y se ofreció á ayudarla en lo que hacia. No os metais en ello, le respondió la Syria ; lo que nosotros buscamos , solo pueden tocarlo las mugeres.— Cosa es por cierto bien extraña , replicó Zadig: ¿ y tendreis á bien decirme que es eso que solo pueden tocar-

lo las mugeres? — Un basilisco, contextó aquella. — ¡Un basilisco, Señora! ¿y para qué, repuso, si es dado saberlo, buscáis un basilisco? — Para nuestro amo y señor, el señor Ogul, de quien es aquel castillo que veis, á orillas de este rio á el extremo de la pradera. Nosotras somos sus humildes esclavas, y hallándose á la sazón enfermo, le ha ordenado su médico que coma un basilisco cocido en agua de rosa; y como este sea un animal tan raro que solo se dexa coger de las mugeres, ha prometido el señor Ogul tomar por esposa á la que se le lleve. Así que, dexadme buscarle,

si lo teneis á bien , porque ya podreis conocer lo sensible que me seria el que me ganasen mis compañeras por la mano.

Zadig dexó, pues , á esta Syria y á las demas buscar su basilisco , y siguió su camino por la pradera adelante , á cuya extremidad halló á otra dama recostada sobre la hierba á orilla del rio. Su presencia parecia magestuosa , pero no se la veia el rostro por llevarle cubierto con un velo. Inclinated hacia el agua despedia de quando en quando profundos suspiros , y con una varita que tenia en la mano se divertia en formar caractéres en la arena. Movi-

do de la curiosidad se acercó Zadig á ver lo que escribia, y hallóse con una *Z*, despues con una *A*, despues con una *D*. ¡Qué asombró! ¡qué contento! Mas ¡quánto se aumentaron estos quando vió las dos últimas letras de su nombre! Inmóvil por algunos minutos , y sin saber lo que le pasaba , rompió al fin el silencio , exclamando con desmayada voz : ¡ó generosa dama! perdonad á un extranjero , á un infeliz , el que ose preguntáros porque asombrosa aventura halla aquí el nombre de *ZADIG* escrito de vuestra divina mano. A esta voz, á estas palabras, levantó la dama con mano tré-



mula su velo , y mirando á Zadig, lanzó un grito de enternecimiento , de sorpresa y de alegría , y abatida con tan diversos afectos como asaltaban á una su alma, cayó desmayada en sus brazos. Ella era la misma Astarté, la Reyna de Babilonia , la que Zadig adoraba , y se reprochaba á sí mismo el adorarla , por quien habia llorado tanto , y tanto temido su destino. Al verla , se le embargaron todas sus potencias y sentidos , y clavados los ojos en los de Astarté que se abrian con una languidez mezclada de confusion y de ternesa , ¡ oh potestades inmortales! exclamó , que pre-

sidís á los destinos de los miserables humanos, ¡quán venturoso hallazgo me habeis deparado! ¿pero en qué tiempo, en que lugar, en que estado vuelvo á ver á Astarté? Y al mismo tiempo se prostaba á sus pies, y besaba su polvo. La Reyna de Babilonia le levanta, y hace sentar á su lado á la orilla del riachuelo, enxugándose repetidas veces las lágrimas que se desprendian hilo á hilo de sus ojos. Sus continuos sollozos embargaban sus palabras, y veinte veces empezaba á contarle cosas que no concluía para preguntarle porque casualidad se habian encontrado, y sin aguardar su res-



puesta le hacia otras preguntas, empezando tras estas á referirle la historia de sus desgracias, y queriendo saber al mismo tiempo las suyas. Pasada, por fin, aquella primera turbacion de sus almas, la contó Zadig en pocas palabras la aventura que le llevó por aquella pradera, concluyendo con preguntarla porque se hallaba en aquel extraviado lugar, en trage de esclava, y acompañada de otras esclavas, que buscaban un basilisco para cocerle en agua de rosa de orden del Médico para el Señor Ogul.

En tanto que buscan su basilisco, dixo la hermosa Astarté, voy á contarte todo



quanto he sufrido ; que con
volverte á ver lo doy por bien
empleado. No ignoras que
el Rey mi marido tomó á
mal que fueses el mas ama-
ble de los hombres , y que
por ello acordó una noche
hacerte ahorcar , y darme á
mí veneno : desgraciado fin,
de que nos libró el cielo por
medio del aviso de mi mu-
dito. Apénas el fiel Cador te
obligó á que cumplieses con
el mandato que yo te imponia,
de la fuga como el único par-
tido que restaba, tuvo el no-
ble arrojo de venir á media
noche á mi aposento por una
entrada secreta ; y sacándome
de él con toda la cautela
imaginable, me llevó al tem-

plo de Orosmade , donde el Mago, su hermano, me ocultó dentro de una estatua colossal, cuya basa tocaba con los cimientos del templo , y con la bóveda su cabeza, donde permanecí, digámoslo así, sepultada , pero asistida con la mayor atención y esmero. No bien rayó el día , entró, según supe , en mi quarto el Boticario de Moabdar con un brebaje compuesto de beleños , opio , cicuta , eleboro negro y aconito ; y otro oficial fué á tu casa con un lazo de seda azul. Admirados de no encontrarnos á uno ni á otro , diéron parte al instante á mi esposo , y en breve corrió por toda Babilonia la

voz de nuestro desaparecimiento. Cador entónces, para fingir mejor, y engañar mas bien á Moabdar, se presentó á acusarnos, y dixo que tú habias tomado el camino de la India, y yo el de Memphis; en consecuencia de lo qual se despacháron emisarios en persecucion nuestra.

Los que iban en mi seguimiento, no me conocían, porque ningun otro hombre que tú, quando á presencia y por mandato de mi esposo me levanté el velo, vió jamas mi rostro; y así es que buscándome solo por las señas que de mí les diéron, habiendo encontrado hácia los confines del Egipto una mu-

ger de mi estatura y cuerpo, tal vez sí de mas gentileza, muy afligida y como descarriada, se la llevaron á Moabdar , muy satisfechos de que era yo misma. Irritóse este al pronto con semejante engaño; mas á poco se consoló viendo , quando miró mas despacio á aquella muger, que era bastante hermosa. Llámabase *Misouf*; palabra que en lengua Egipcia significa , segun me dixéron , la *bella caprichosa*. En efecto, éralo con exceso , pero así mismo sagaz; por lo que supo ganarse de tal suerte la voluntad de Moabdar, que hizo la tomase por esposa. Entónces desplegó de todo punto su

carácter , entregándose con descoco á quantas locuras la pasaban por la imaginacion. Una vez se la antojó que baylase á su presencia el Xefe de los Magos, hombre anciano y gotoso, y porque se excusó, le suscitó una cruel persecucion: y habiendo mandado otro dia á su Escudero mayor que la hiciese una empanada dulce , por demas la representó que no era pastelero , pues tuvo por fuerza que hacerla, y porque salió algo quemada , le depuso de su empleo, confiriéndosele despues á su enano , y el de Canciller á su page. De este modo gobernaba á Babilonia ; y así es que todos

me echaban de ménos. El Rey que habia sido un buen hombre hasta el momento que quiso darme veneno y á tí hacerte ahorcar , parecia haber dado de mano á todas sus virtudes con el amor ciego , que tenia á la bella caprichosa. El dia solemne del fuego sagrado vino al templo , y yo le oí rogar á los Dioses por Misouf á los pies de la estatua en que estaba escondida ; y levantando entonces la voz , *los Dioses* , le dixe , *desatienden las súplicas de un Rey convertido en tirano , que ha querido dar muerte á una muger racional para casarse con una extravagante.* Palabras que le

causáron tal terror, que á pocos dias perdió del todo el juicio , para lo qual bastaban ciertamente mi oráculo , y la tiranía de Misouf.

Su locura que pareció un justo castigo del cielo , fué la señal de la rebelion. Subleváronse todos , y tomaron las armas , y Babilonia pasó de repente de un estado inveterado de afeminacion y ociosidad á horroroso teatro de una sangrienta guerra civil. Entónces me sacáron del cóncavo de mi estatua , y me pusieron al frente de un partido , corriendo presuroso Cadór á Memphis para traerme á Babilonia. Sabedor de tan funestas novedades el

Príncipe de Hircania, se presentó con su ejército á formar un tercer partido en la Caldea , y atacando á Moabdar que le salia á el encuentro con su extravagante Egipcia , le derrotó y mató , cogiendo despues prisionera á aquella. Por mi desgracia yo tambien fuí cogida por una partida Hircania , y cabalmente se me presentó al Príncipe al mismo tiempo que Misouf ; pero si te complacerás en que le pareciese yo mas hermosa que la Egipcia, te será tambien muy doloroso el que me destinase á su Serrallo. No puedo ponderarte qual fué mi desesperacion , quando le oí decirme

muy resueltamente , que en quanto terminaba una expedicion militar , que traia entre manos, pasaria á mi quarto. Rotos ya mis vínculos con Moabdar , podia ser de Zadig, y me hallaba baxo el yugo de un bárbaro. Pero yo le respondí con toda la entereza que mi clase y mis sentimientos me dictaban, muy confiada en que, como repetidas veces oyéra decir , imprimia el cielo á las personas de mi estado un carácter de grandeza , tal que con una palabra ó una sola mirada reducian al abatimiento del mas profundo respeto á los temerarios que osaban , despreciándole , propasarse. Hablé-

le como Reyna, pero me trató como á una muger qualquiera ; y sin dignarse hablarme ni una palabra, mando á su Eunuco negro, despues de decirle que era yo quanto bonita impertinente, que me cuidase y pusiese al régimen de las favoritas para que cobrando mas frescura y colorido mi tez , y mas gracias mi cuerpo , me hallase mas digna de sus favores el dia en que tuviese á bien honrarme con ellos. Respondíle que ántes que aceptarlos me daría yo misma la muerte: pero con una risa de desprecio me replicó que no se mataba uno por tan pocas cosas, y que no le hacian fuerza

semejantes exclamaciones y amenazas , dexándome despues tan satisfecho como el que acaba de meter en la jaula un papagayo. ¡Ay! ¡qué deplorable estado para la primera Reyna del mundo , y mas diré , para un corazon que era todo de Zadig !

A estas palabras se prostró este á sus pies y los bañó con lágrimas ; y levantándole al momento con cariñosa ternura , continuó así Astarté. Veíame en poder de un bárbaro , y rival de una loca con quien estaba encerrada. Esta me contó su aventura en el Egipto ; y por las señas que me daba del extranjero que combatió por ella , por

el dromedario en que iba, por el tiempo, por las circunstancias, inferí que eras tú, y juzgando que estarias en Menfis, tomé la resolución de ir á buscarte, valiéndome para ello de la misma Misouf: Tú eres mas festiva que yo, la dixé, y sabes, ó bella Egipcia, divertir mejor al Príncipe de Hircania: facilitame los medios de huir, y así reynarás sola, con lo que á par que te desembarazas de una rival, me harás á mi feliz. Con efecto, entre ambas concertamos los medios de evadirme, y sin ser vista de nadie partí con una esclava Egipcia.

Cerca de la Arabia llega-

ba, quando por otra nueva desgracia me cogió un famoso ladron, llamado Argobad, el qual me vendió á unos Mercaderes, que me han traído á este Castillo, donde me compró sin saber quien era yo, su dueño el Señor Ogul, hombre en exceso voluptuoso y gloton, que no piensa mas que en comer bien, y cree que le ha criado Dios para estar sentado todo el dia á la mesa. Así está tan grueso que muchas veces parece que va á ahogarse; y su médico de quien ningun caso hace quando digiere bien, le gobierna despoticamente, quando ha comido mucho. Ahora mismo se halla por esto en-
ros la salud.

fermo; y habiéndole dicho su Esculapio que curaria con un basilisco cocido en agua de rosa , ha prometido su mano á la esclava que se le traiga. Ya ves que dexo á mis compañeras que se afanen para merecer este honor á que jamas aspiré , y mucho ménos en este momento en que tengo el gusto de volverte á ver.

Dixéronse entónces Astarté y Zadig quanto sus sentimientos por tanto tiempo reprimidos , sus desgracias y su pasion podian inspirar á los mas derretidos corazones, y los genios que presiden á el amor , lleváron sus palabras hasta la esfera de Venus.

Las esclavas volviéron al

palacio sin haber encontrado el basilisco con harto sentimiento suyo y de Ogul. Zaidig fué tambien, y presentándose á el enfermo, le habló de esta manera: Plegue al cielo que descienda la salud inmortal á cuidar de vuestros preciosos dias. Yo soy Médico, y noticioso de vuestra enfermedad, os traigo un basilisco cocido en agua de rosa. En lugar, pues, del premio que teniais ofrecido por él, os pido la libertad de una esclava jóven de Babilonia que está en vuestro poder de poco tiempo acá, ofreciéndome á quedar esclavo por ella siempre que no tenga la dicha de restituirros la salud.

ob. Aceptó este desde luego la oferta , y en consecuencia partió Astarté con el criado de Zadig para Babilonia, prometiendo enviar al instante un correo para noticiarle lo que hubiese ocurrido. Su despedida fué tan tierna como su encuentro , porque como dice el gran libro del *Zend*, los momentos en que dos que se quieren , se encuentran y separan , hacen dos épocas notables en la vida. Zadig amaba á la Reyna tanto como se lo juraba , y esta le amaba á aquel mucho mas de que lo que le decia.

ob. Señor , mi basilisco no debe comerse , dixo Zadig á Ogul , sino que toda su vir-

tud ha de entrar por los poros. El está metido dentro de este pellexito implado y forrado en piel fina , que aquí veis , el qual habeis de arrojarne con todas vuestras fuerzas , y yo os volveré ; y repitiendo esta operacion algunas veces vereis dentro de pocos dias lo que puede mi arte. El primer dia quedó Ogul exhálado , y creyó morir de fatiga : el segundo se cansó ménos y durmió mejor ; y ántes del octavo se halló con las fuerzas , la salud , la agilidad y la alegría de sus mejores años. Jugar al balon , y ser sóbrio , le dixo entónces Zadig , es , Señor Ogul , el único remedio que os ha cu-

rado. Sabed que no hay tales basiliscos ; que el modo de pasarlo bien es tener sobriedad y hacer ejercicio; y que el arte de reunir con la intemperancia la salud es tan chimérico como la piedra filosofal , la astrología judiciaria y la demonomania.

Viendo el primer Médico de Ogul lo peligroso que era este extranjero para su profesion, acordó con el Boticario de la casa despacharle al otro mundo á buscar basiliscos, ya que en este no los habia. Con este fin le diéron una gran comida , entre cuyos postres debia ponerse uno envenenado : pero por un feliz acaso recibió al prin-

cipio de ella un correo de la hermosa Astarté, y levantándose al momento de la mesa, se puso en camino. Quando el hombre es amado de una linda muger, sale siempre bien de todo, dice el gran Zoroastres. Así el buen Zadig, despues de haber sido siempre castigado por hacer bien, hubo de perecer pérfidamente por haber dado la salud á un Señor gloton.

LAS JUSTAS.

Habia sido recibida Astarté en Babilonia con los vivas y aclamaciones que es

natural prodigar á una Princesa hermosa , perseguida de la desgracia. Su rival el Príncipe de Hircania habia perecido en un combate , con lo que volvió todo el Imperio á su anterior calma y tranquilidad. Pero acordándose los Babilonios de los amores de Moabdar con Misouf, origen de todos sus males , declaráron solemnemente , que Astarté tomaria por esposo á el que ellos la escogiesen ; y para evitar que la primera dignidad del mundo que sería la de marido de Astarté y Rey de Babilonia , dependiese de intrigas y de cabalas , juráron que reconocerian por Rey al mas valiente y mas

sabio de los hombres. Con este fin construyéron á pocas leguas de la Ciudad un magnifico anfiteatro hermosamente decorado, y tras él varios aposentos para los lidiadores, en los quales debian estar separados, sin ser vistos ni conocidos de nadie. Todos ellos se habian de presentar armados de todas piezas, y correr quatro lanzas; y los que tuviesen la fortuna de vencer á quatro caballeros, debian combatir despues entre sí hasta que quedase dueño uno solo del campo, el qual sería proclamado por vencedor de los juegos. Pasados quatro dias habia de volver este al campo, arma-

do de todas armas , y explicar los enigmas que le propusiesen los Magos : lo que sino hacia , era forzoso volver á correr lanzas , hasta que se hallase un Caballero que quedáse vencedor en estas dos pruebas ; porque , como se ha dicho , querian precisamente por Rey al mas valeroso y mas sabio. En todo este tiempo , debia de ser cuídadosamente guardada la Reyna , permitiéndosela tan solo asistir á los juegos cubierta de un velo , pero sin que hablase á ninguno de los pretendientes , para de este modo evitar toda sombra de favor y de injusticia.

Esto es lo que Astarté

participaba á su amante, esperando que manifestaria mas valor é ingenio por ella que ninguno otro. Al momento, pues , se puso Zadig en camino , invocando fervorosamente al Amor para que esforzase su valor , y alumbrase su ingenio ; y llegando á orillas del Eufrates la víspera del dia señalado, hizo inscribir su divisa entre las de los lidiadores, ocultando su rostro y su nombre como lo mandaba la ley , y fué á alojarse y descansar á el aposento que le tocó por suerte. Su amigo Cador que estaba ya de vuelta en Babilonia despues de haberle buscado en vano por todo el Egipto , le

envió una armadura completa que le regalaba la Reyna, y un arrogante caballo de Persia de su parte. Al punto conoció Zadig la mano de donde venia este presente, y con él cobraron su brio y su amor con nuevas fuerzas nuevas esperanzas.

Al siguiente dia luego que se colocó la Reyna baxo su dosel decorado de pedrerias, y que ocupáron las gradas del anfiteatro todas las damas y los Estados de Babilonia, parecieron los lidiadores en el circo. Cada uno de ellos fué á poner su divisa á los pies del gran Mago, y echadas suertes para el orden de la lid, quedó Zadig el úl-

timo. El primero que salió á la liza , era un Señor muy opulento , llamado Itobad, sumamente vano , poco valeroso , nada diestro , y de cortísimos alcances. Sus domésticos le dixéron que un hombre de su clase debía ser Rey, y respondióles engreído: un hombre como yo debe reynar. Presentóse armado de pies á cabeza con una armadura de oro esmaltada de verde , un penacho verde, y una lanza adornada con rubíes verdes: pero por su poca destreza en el manejo del caballo se conoció luego que no le destinaba el cielo para el cetro de Babilonia. El primer caballero que corrió á

encontrarle , le hizo perder los estrivos , y el segundo le quedó tendido sobre las ancas del caballo con las dos piernas en el ayre y extendidos los brazos. Irobád se enderezó , más con tan poco arte que todo el anfiteatro echó á reir. El tercero teniendo á ménos servirse de la lanza, tomó carrera y agarrándole por la pierna derecha dió con él en tierra con grande risa de los espectadores y hasta de los mismos escuderos de los juegos , que acudiéron á levantarle y ponerle en la silla : donde no bien se hubo colocado quando el quarto combatiente le cogio por la pierna izquier-

da y le derribó al suelo. Después de lo qual le conduxéron con gritería y silbos á su aposento , donde debia , segun la ley , pasar la noche, exclamando quando salia de la liza : ¡ qué aventura para un hombre como yo !

Los otros caballeros cumplieron mejor con su deber. Algunos vencieron á dos combatientes de seguida ; otros hasta tres ; y aún hubo uno, el Príncipe Otamé, que salió hasta quatro veces vencedor. Llególe , en fin , su vez á Zadig , y con indecible gallardia derribó del caballo uno en pos de otro á quatro caballeros ; por lo que solo restaba entónces ver por qual

de los dos quedaba el campo. La armadura del primero era azul y de oro con un penacho de lo mismo; y la de Zaidig toda blanca. Todos los votos estaban divididos entre el caballero azul, y el caballero blanco, y sola la Reyna, cuyo corazon palpitaba de sobresalto, dirigia fervorosos ruegos á el cielo por el último.

Los dos campeones daban carreras y vueltas con tal agilidad, se sacudian tan fuertes lanzadas, y se mantenian tan firmes en sus sillas, que todos, á excepcion de la Reyna, deseaban que hubiese en Babilonia dos Reyes. Por último, rendidos

ya los caballos y hechas astillas las lanzas , pasa Zadig por detras del Príncipe azul, y saltando de su caballo á las ancas del de éste, le coge por medio del cuerpo , y le derriba en tierra , quedándose montado en su silla , haciendo escarceos y corvetas al rededor de él. A vista de este golpe de destreza y valor gritan los circunstantes: ¡Viva el caballero blanco, viva! y enfurecido Otamé se levanta , y poniendo mano á la espada , corre hácia Zadig, quien de un salto se planta en el suelo con el sable en la suya; y empezando entónces los dos , como si salieran de nuevo á la tela , un combate

en que las fuerzas y la agilidad triunfan alternativamente, se acometen con tal brio y denuedo que las plumas de sus cascos, los clavos de sus brazaletes, y las mallas de sus armaduras volaban por el aire. Tiranse reveses, estocadas, á diestro y siniestro, á la cabeza, al pecho: retroceden, avanzan, se miden de alto á baxo con la vista, se encuentran, se agarran, se enroscan á manera de culebras, luchan como leones, haciendo saltar contínuas lumbres de sus armas los recios golpes que se dan. En fin, Zadig se detiene por un instante para tomar aliento, y haciendo despues un falso ataque, pasa

por encima de Otamé , le cae y le desarma , en vista de lo qual exclama éste : ¡ O caballero blanco ! tú eres quien debe reynar en Babilonia. Segun lo acordado por la ley se les llevó despues á ámbos caballeros á sus respectivos aposentos, donde fuéron cuidados y servidos por los mudos destinados á el efecto. Quan alborozada estaba la Reyna con el buen éxito de Zadig, por demas es decirlo; y fácil es tambien de conocer quien sería el mudo que le sirvió.

Rendido Zadig del combate durmió profundamente, bien que enamorado, en tanto que Itobad que ocupaba

el aposento inmediato maquinaba desesperado mil proyectos. A la mañana del siguiente dia tenia que llevar el vencedor su divisa al gran Mago para confrontarla y darse á conocer ; y determinando Itobad robarle la suya á Zadig para atribuirse el honor de la victoria , éntra en su aposento y se la coge dexándole la suya, aguardando despues impaciente á que rayase el dia, llegado el qual se presentó al gran Mago , y hizo que sin dilacion le proclamase por vencedor de las justas. Sorprehendida Astarté de verle con la divisa de su amante, se volvia, la muerte en el pecho, para Babilonia, y

todo el anfiteatro se iba desocupando, quando despier-
ta Zadig, y echando mano á
la armadura, se halla en vez
de la suya con la verde.
Lleno de cólera y de asom-
bro la mira, y mira por todo
el aposento: pero en vano;
allí no hay otra cosa que po-
nerse, y es forzoso vestirsela.
Plantasela, pues, indignado
y sale al circo, donde en lu-
gar de los aplausos que me-
recia su valor, es recibido
con silvos é injuriosas gritas,
y cercado y atropellado por
el populacho que le impedia
andar. Irritado con esto mas
y mas, y faltándole el sufri-
miento pone mano al sable
y á latigazos se abre paso:

lonia y poseería á Astarté. Las ciencias , la probidad, el valor no me han ocasionado sino males. Y entre otras cosas se le escapáron quejas contra la Providencia , y estuvo tentado á creer que era gobernado todo por un destino cruel que oprimia á los buenos , y hacia prosperar á los caballeros verdes. Pero sobre todo , sentia muchísimo llevar la armadura verde , y así se la vendió á un mercader que pasó por allí, comprándole en su lugar una bata larga y un gorro.

pero cada vez más aturdido con lo que le pasa, no sabe que partido tomar. Con la Reyna le era imposible verse, ni sin comprometerla en gran manera reclamar la armadura blanca que le regaló : por lo que se paseaba desesperado á orillas del Eufrates repasando en su memoria todas sus desgracias desde la aventura de la muger á quien tanto disgustaban los tuertos hasta la que le estaba sucediendo , y convenciéndose por ello de que le condenaba su estrella á perpétua infelicidad. Ve aquí lo que es haber despertado tarde , se decia : si hubiera dormido ménos , seria Rey de Babi-

EL HERMITAÑO.

En este traje se paseaba á orillas del Eufrates , lleno de cólera y queixándose de que tan tenazmente le persiguiese el cielo , quando encontró á un hermitaño cuya barba blanca y venerable le llegaba hasta la cintura, leyendo con suma atencion en un libro. Paróse y le hizo una profunda reverencia , á que correspondió con un ademan tan noble y lisonjero, que entró Zadig en ganas de hablarle. ¿ Qué libro , le preguntó , estais leyendo, buen amigo? El de los destinos , respondió el her-

mitaño: ¿quieres verle? y al mismo tiempo le ponía en manos de Zadig, que aunque instruido en muchas lenguas, no pudo conocer ni una letra, cosa que avivó su curiosidad. Me parece triste y pensativo, le dixo este buen Padre.— ¡Ah! Sobrados motivos, contextó, me asisten para estarlo.— Si tienes á bien que te acompañe, le replicó aquel, tal vez podría serte útil, que no es la primera vez que he derramado consuelos en el alma de los desgraciados. La figura de aquel hombre, su larga barba, su libro ilegible, y su conversacion que denotaba conocimientos superiores, á par que

infundian respeto á Zadig, le aficionaban á aquel desconocido; y al verle hablar con tan persuasiva eloqüencia del destino, de la moral, de la justicia, del soberano bien, de la debilidad humana, de las virtudes y los vicios, se sintió arrastrado hácia él por un embeleso irresistible. Rogóle por lo mismo con vivas instancias, que no le dexase hasta llegar á Babilonia, y el viejo por su parte exigió de él lo mismo, haciéndole nada ménos que jurar por Orosmade que seguiria en su compañía á pesar de quanto ocurriese. Jurólo así Zadig, y se pusieron juntos en camino.

Por la noche llegaron á un Castillo magnífico , en donde pidió el hermitaño alojamiento para él y para su compañero; y el portero que parecia un gran Señor , les introduxo con un ayre de bondad desdeñosa , y presentó á un Criado mayor , que les enseñó todas las habitaciones. Llegada la hora de la cena , se les mandó sentar en el mas ínfimo lugar de la mesa del Señor del Castillo, que ni siquiera con una mirada tuvo á bien honrarlos; pero igualmente que todos los demas fuéron servidos con delicadeza y profusion , presentándoles despues agua para que se lavasen , en una her-

mosa taza de oro guarnecida de esmeraldas y rubíes. Concluida la cena, les llevaron á el aposento donde debían dormir, y á la mañana entró un criado á darles una moneda de oro á cada uno, y despedirles.

Generoso me parece el Señor de este Palacio, dixo Zadig al hermitaño luego que se pusieron en camino, segun la nobleza con que exerce la hospitalidad; pero al mismo tiempo un poco vano y orgulloso. Y al decir esto, reparaba que le abultaba mucho el bolsillo al hermitaño; por lo que observándole con mas cuidado, vió que llevaba en él la taza de oro del

Palacio, cosa que le sorprendió extraordinariamente, pero de que sin embargo, determinó no hablarle por entonces palabra.

Y A eso de medio dia se paró el hermitaño á la puerta de una casa pequeña, en que vivia un rico muy avaro, y pidió hospedage por algunas horas. Un criado anciano y malvestido le recibió con un tono desabrido, y le hizo entrar con su compañero en la caballeriza donde les sirvió unos higos podridos, mal pan, y cerbeza avinagrada. Pero el hermitaño bebió y comió tan contento como el dia ántes, y despues de dar al criado que estaba alli observándoles

para que nada le llevasen , y les instaba ya para que marcháran , las dos monedas de oro que habia recibido por la mañana , y muchísimas gracias por sus atenciones y servicios, le insinuó que tendría mucho gusto en ver á su amo. Mandóles este , pues, entrar, y el hermitaño al verle , no sé como pagaros , le dixo , manífico Señor , la favorable acogida que os he debido ; así que tened á bien serviros de esta taza de oro como una ligera prueba de mi gratitud. Sorprehendido el avaro hubo de caerse de espaldas ; y sin darle tiempo de volver en sí , salió á toda priesa de allí el hermitaño

con su compañero de viage.

¡Padre mio! ¡qué es lo que veo! exclamaba el buen Zaidig. Cada vez os comprehendo ménos, y me convenzo mas de que en nada os pareceis á los demas hombres; pasándome infinito veros róbbar una taza de oro guarnecida de brillantes á un Señor que os admite y sirve con magnificencia, para dársela despues á un rico avaro que os trata indecentemente.— Hijo mio, respondió el Viejo, ese hombre pródigo que solo acoge á los forasteros por vanidad y ostentacion, aprehenderá de ese modo á ser mas cuerdo, y este otro avaro sabrá como debe exercer la

hospitalidad. No te admires de nada y sígueme. Tal era el ascendiente con que hablaba el hermitaño , que Zadig así por él , como por el juramento con que se veía atado , no pudo ménos de seguir en su compañía , pero siempre dudando si trataba con el mas loco , ó el mas sabio de los hombres.

Al anochecer llegaron á una casa quanto graciosa sencilla , donde nada respiraba ni prodigalidad ni avaricia. El dueño era un filósofo retirado del mundo que cultivaba en paz y sin fastidio la sabiduría y la virtud, hospedando en aquella quinta construida por él , á los foraste-

ros con una nobleza que nada tenia de ostentacion. Salió él mismo á recibir á los dos viageros, á quienes llevó á descansar á un quarto cómodo, y pasado un rato volvió á buscarles en persona para convidarles á una cena servida con finura y gusto, durante la qual habló con mucho acierto de las últimas mudanzas de Babilonia, manifestándose sincero apasionado de la Reyna , y deseoso de que se hubiera presentado Zadig en la liza á disputar la corona; si bien es verdad que los hombres, añadió , no merecen tener un Rey como Zadig ; palabras que hiciéron poner á este en-

cendido , y aviváron sus penas. Entónces conviniéron todos en que no iban siempre las cosas de este mundo como debian ir ; y el hermitaño sostuvo que eran impenetrables los designios de la Providencia , y que se engañaban los hombres queriendo juzgar de un todo, del que solo conocian la mas mínima parte.

Hablándose de las pasiones , ¡ah! ¡quán funestas son! exclamaba Zadig. Las pasiones , le replicó el hermitaño, son los vientos que hinchan las velas del navío : á veces es cierto le sumergen , pero sin ellas le fuera imposible navegar. La bilis hace al hom-

bre cólerico y le causa mil males , pero sin ella no pudiera vivir. Todo es peligroso en este mundo , y todo es necesario.

Tratóse despues del placer , y probó el hermitaño que era un presente de la Divinidad ; porque el hombre , decia , no puede darse á sí propio ni sensaciones ni ideas : estas le son comunicadas por los objetos exteriores , y el dolor y el placer , igualmente que su vida , le vienen de otra parte.

Admirábase Zadig de que un hombre que habia hecho cosas tan extravagantes , razonase tan bien. Por fin , despues de una larga conversa-

cion quanto instructiva agradable, llevó el huesped á los dos viajeros á su quarto, bendiciendo al cielo porque le habia enviado aquellos hombres tan virtuosos y sabios. A este agasajo se siguiéron finos ofrecimientos, entre ellos el de todo el dinero que necesitasen, por los que le dió Zadig muchas y muy sinceras gracias, despidiéndose aquella noche, porque pensaba salir para Babilonia ántes que despuntase el dia. Su separacion fué muy tierna, y Zadig, sobre todo, se sentia penetrado de estimacion y de afecto hácia una persona tan amable.

Apénas quedáron los dos

solos , se desatáron en elogios de su patron. Al rayar del dia despertó el viejo á su compañero diciéndole que era forzoso echar á andar al instante, y que miéntras que todos dormian , iba á dexar á su huesped un testimonio de su estimacion y de su afecto: y al pronunciar esto, enciende una hacha y pega fuego á la casa. Asustado Zadig da gritos , y quiere impedirle que execute tan horrorosa accion : mas el hermitaño le arrastraba por una fuerza superior , y luego que estuvo algo léjos , se volvió á mirar muy sereno como ardia la casa , y exclamó : Gracias á Dios : ya está del

todo destruida la casa de mi querido huésped. ¡ Dichoso de él! Semejantes palabras provocaron por una parte la risa, y por otra la cólera de Zadig que estuvo para decirle mil pestes, y aún para hartarle de golpes y después huir: pero sojuzgado como siempre, de su extraño quanto poderoso ascendiente le siguió mal de su grado hasta el último tránsito.

En este pararon en casa de una viuda caritativa y virtuosa, que tenia un sobrino de catorce años muy gracioso, en quien cifraba sus esperanzas. Agasajóles la buena muger lo mejor que pudo, y á la mañana siguiente man-

dó á su sobrino que acompaña-se á los dos huespedes hasta un puente, cuyo paso era peligroso, por hallarse medio arruinado. El muchacho echa á andar apresurado delante de los dos viajeros; y quando estuviéron en el puente, llamale el hermitaño y diciendo que la va á dar á su tia un testimonio de su gratitud, agarrale por los cabellos, y le arroja al rio. Hundese el inocente, aparece despues encima del agua, y vuelve al momento á sumergirse en el torrente.— ¡O monstruo! exclamo Zadig al ver esto: ¡oh el mas malvado de los hombres! ¡quẽ es lo que haces!— Mas paciencia, que esa me

prometiste tener , le replicó
 el hermitaño. Sabete que baxo
 las ruinas de esa casa á que
 la providencia puso fuego,
 ha encontrado su dueño un
 inmenso tesoro : sabete que
 ese muchacho á quien aca-
 ba de ahogar la misma , ha
 bia de haber asesinado á su
 madre ántes de un año , y
 ántes de dos á ti mismo. —
 ¡ Quién te lo ha dicho , bár-
 baro ! gritó Zadig de nuevo:
 y aún quando hubieses leído
 estos sucesos en tu libro de
 los destinos , ¡ quién te auto-
 riza para ahogar á un mu-
 chacho que ningun mal te ha
 hecho !

— Miéntras que así hablaba
 el Babilonio , vió que desa-

parecia la barba del anciano, y que su rostro tomaba las formas de la juventud. Su vestido de hermitaño desapareció del mismo modo, y quatro hermosas alas cubrieron su cuerpo magestuoso y resplandeciente de luz. ¡Oh enviado del cielo! ¡oh espíritu divino! exclamó Zadig postrándose en tierra; tú has baxado del Empireo para enseñar á un mortal miserable á someterse á los eternos decretos.— Los hombres, dixo entónces el Angel Jezrad, juzgan de todo sin conocer nada; solo tú eras el que merecías ser ilustrado.— Pidióle Zadig permiso para hablar, y habiéndole obtenido, yo

desconfío de mi mismo , le dixo ; pero no obstante me atrevo á suplicarte que me digas si no hubiera valido mas corregir á ese muchacho y hacerle virtuoso, que ahogarle en el rio.— Si hubiera sido virtuoso , le respondió Jezrad , y hubiese vivido, le esperaba la suerte de ser asesinado con su esposa y un hijo que tendria.— ¡ Pues qué! le replicó Zadig : ¡ ha de haber forzosamente crímenes y desgracias, y no han de poder verse libres de estas los hombres de bien!— Los malos , contextó Jezrad , son siempre desgraciados : ellos sirven para experimentar á un corto número de justos

derramados por el haz de la tierra, y no hay mal de que no nazca un bien. — ¡Y sino hubiese ningun mal, instó Zadig, y fuese todo bien! — Entónces esta tierra, dixo el Angel, seria otra tierra: el encadenamiento de los sucesos otro nuevo órden de la sabiduría, y este órden si era perfecto solo puede hallarse en la mansion eterna del Sér Supremo, á quien no puede ni aún acercarse el mal. Su poderosa mano sacó de la nada millones de mundos, en nada semejantes unos á otros, y esta maravillosa variedad es un atributo de su infinito poderío. No hay ni dos hojas de árbol en la tierra, ni

dos globos en la inmensa bóveda azulada de los cielos, del todo parecidos ; y quanto ves en el pequeño átomo que habitas , debía estar en su lugar y en su tiempo prefixado segun los eternos decretos del que todo lo abarca y lo comprehende. Juzgan los hombres que ese muchacho que acaba de morir ahogado , cayó en el agua por acaso , y que por otro igual acaso se incendió la otra casa: pero sabete que no existe tal acaso, sino que todo es prueba ó castigo , recompensa , ó previsión. Acuérdate del pescador que se creia el mas desgraciado de los hombres , y á quien Orosmade te envió

para mudar su destino. ¡Apocado mortal! cesa de disputar sobre lo que es forzoso venerar. — Pero, repuso Zadig. . . . Y al pronunciar este *pero*, ya habia tomado el Angel su vuelo hácia la décima esfera. Entónces poniéndose aquel de rodillas adoró la Providencia y se sometió á ella, y el Angel le gritó desde lo alto de los ayres: *Sigue tu camino á Babilonia.*

LOS ENIGMAS.

Atónito Zadig, como un hombre á cuyos pies ha caído un rayo, caminaba sin saber por donde. Llegó, por

fin , á Babilonia , y llegó cabalmente á la hora , en que todos los que habian combatido en la tela , á excepcion del caballero de la armadura verde , estaban ya reunidos en el gran pórtico de palacio para explicar los enigmas y responder á las preguntas del gran Mago. Apenas se presentó Zadig en la Ciudad, todo el pueblo se le rodeó, sin que se saciasen los ojos de verle , las bocas de bendecirle , y los corazones de desearle el imperio. El Envidioso le vió pasar , y sobrecogido marchó de allí , en tanto que el pueblo le condujo en brazos hasta el lugar de la asamblea. Con su

llegada tembló la Reyna de temor y de esperanza, y á estos sentimientos se agregó despues una viva inquietud nacida de no poder comprender ni porque iba sin armas Zadig, ni porque Itobad llevaba las blancas. La aparicion del primero excitó un murmullo confuso, y una sorpresa y gozo general: pero éralo así bien el disgusto que sentian de que no pudiera presentarse en la asamblea, por no ser del número de los caballeros que habian combatido, segun lo que estaba de antemano decretado.

Yo he combatido como el mejor, dixo Zadig, pero otro de los que están aquí,

lleva mis armas ; y en tanto que tengo el honor de demostrarlo , pido permiso de presentarme á explicar los enigmas. Pasóse á votar sobre esta demanda , y todos unánimemente conviniéron en que se le admitiese. Tan fuertemente impresa en los ánimos de todos estaba su reputacion de probidad.

La primera pregunta del gran Mago fué ¿ qual es de todas las cosas del mundo la mas larga y la mas corta , la mas pronta y la mas lenta, la mas divisible y mas extensa, la más despreciada y mas llorada, sin la que nada puede hacerse , que devora lo que es pequeño , y vivifica

lo que es grande ?

Itobad que era á quien tocaba responder el primero, dixo que un hombre como él no entendia de enigmas , y que le bastaba haber vencido apunta de lanza. Algunos diéron por solucion del enigma á la fortuna, otros la tierra, y otros la luz. Zadig aseguró que era el tiempo; porque nada hay mas largo puesto que es la medida de la eternidad ; nada mas corto, puesto que para todos nuestros proyectos nos falta; nada mas tardo para el que espera ; nada mas rápido para el que goza: extiendese hasta el infinito en grande, y divide-se hasta el infinito en peque-

ño; todos los hombres le desprecian , y todos lloran su pérdida ; sin él nada se hace; él sepulta en el olvido lo que es indigno de la posteridad, é inmortaliza las cosas grandes. Toda la asamblea convino en dar la razon á Zadig.

Preguntose despues , qual era la cosa que se recibe sin dar gracias , de que se goza sin saber como , que se da á los otros quando no se sabe donde está , y que sin advertirlo se pierde.

Cada uno de los combatientes contextó lo que le pareció , y solo Zadig adivinó que era la vida , explicando en seguida con igual acierto todos los demas enig.

mas. El vano Itobad decia siempre que eran estos sumamente fáciles, y que á haber querido tomarse el trabajo, los hubiera él acertado de la misma manera. Propusiéronse despues preguntas sobre la justicia, sobre el soberano bien, sobre el arte de reynar, á las quales satisfizo Zadig á gusto de todos, que se lastimaban muchísimo de que tan despejado ingenio no fuese valeroso caballero.

Yo he tenido, ó muy ilustres Señores, dixo entonces Zadig, el honor de vencer en la liza. Mia es la armadura blanca que lleva el Señor Itobad, quien me la quito mientras que yo dormia, creyen-

do sin duda que le estaria mejor que la verde ; y por mi parte pronto estoy á probarle al instante y á vuestra presencia, contra toda esa armadura blanca que me ha robado , que yo fuí quien tuve el honor de vencer al valiente Oramé.

Lleno de confianza aceptó Itobad el desafio, creyendo que armado de casco, coraza y brazaletes, daría cabo en breve de un campeón en gorro y bata. Zadig tiró de su espada haciendo una cortesía á la Reyna que le miraba penetrada de gozo y de temor , y echando mano Itobad á la suya sin cumplimentar á nadie , vase derecho á

Zadig, como un hombre que nada teme, y levantándola para descargarle un golpe que le divudiese la cabeza, supo quitarle el otro tan diestramente con la suya que le hizo pedazos á Itobad la espada. Cierra entónces Zadig con él, y asiéndole por el cuerpo, le derriba á el suelo, y apunta la espada por la junta de la coraza diciéndole: dexate desarmar, ó te atravieso. Sorprehendido como de costumbre Itobad de las desgracias que le sucedian á un hombre de su clase, dexó con gran paciencia que le quitase Zadig su hermoso casco, su soberbia coraza, sus graciosos brazaletes, sus quixotes

brillantes , y vistiéndoselos corre á echarse á los pies de Astarté. Entonces probó Cadór que la armadura blanca pertenecía á Zadig , y este fué reconocido unánimemente por Rey con sumo gozo de Astarté , que despues de tantas adversidades y trabajos gustaba el placer de ver á su amante digno á los ojos del universo entero de obtener su mano. Itobad se volvió á hacerse llamar Monseñor en su casa. Zadig fué Rey y fué feliz, teniendo siempre muy presente quanto el Angel Jezrad le habia dicho , no olvidándose del grano de arena hecho diamante , y adorando con Astarté la Provi-

dencia. A la bella caprichosa Misouf la dexó en entera libertad; enviò á buscar al famoso Argobad y le dió un grado honroso en el ejército, prometiéndole á las primeras dignidades si se portaba como un verdadero guerrero, y conminándole con la horca si continuaba en su ejercicio de ladrón; llamó á Setoc con la graciosa Almona para ponerle al frente del comercio de Babilonia; y colocó y amó á Cador segun sus grandes servicios. Este siguió en la amistad del Rey, y el Rey fué el único Monarca de aquellos tiempos que tuviese un amigo. El mudo tuvo tambien su parte

en las gracias, y á el pescador le dió una hermosa casa, condenando á Orcan á que le pagase una crecida suma y le devolviese su muger, si bien el pescador mas cuerdo con la experiencia no quiso recibir sino el dinero.

Ni la hermosa Semira podia consolarse de haber creído que quedaria tuerto Zaidig, ni Azora cesaba de llorar por haber querido cortarle las narices: pero él la alivió su pena con quantiosos presentes. El Envidioso murió de rabia y de vergüenza; y el Imperio gozó de paz, y de abundancia, siendo gobernado por la justicia y el amor: por manera que aquel siglo

fué el mejor siglo de la tierra,
y todos bendecian á Zadig
y Zadig bendecia al cielo.



Aquí acaba el manuscrito que se ha encontrado de la Historia de Zadig. Sabese que le sucedieron otras muchas aventuras, que han sido fielmente escritas; por lo que se ruega á los Señores Intérpretes de Lenguas Orientales las comuniquen al Público si llegan á sus manos.



(125)

FÉ DE ERRATAS.

Pág.	lín.	dice.	leese.
6	5	con descrip-	con la descrip-
22	17	le	la
50	13	con el viejo Yebor, y	con él, y
61	8	ventura	aventura.
78	9	reconozco	reconozco, les dixo,
82	ult.	quatro	quarto
88	8	con	en
109	ult.	terra	tercera
116	1.	mutuamete	mutuamente
123	7.	todos	todo
143	7.	Egipcio.-Nosotros	Egipcio. (Nosotros
183		resolvió	y resolvió
191	4-8-	Boabdar	Moabdar
198	5.	acompañen	acompañan
297	10.	vestirla.	vestirsela.











ZADIG
O. EL
DESTI



55.459

